Pierre Teilhard de Chardin

La Vida cósmica

Pierre Teilhard de Chardin

LA VIDA CÓSMICA

(1916)

Edición de
LEANDRO SEQUEIROS

Vicepresidente
De la Asociación de Amigos de Teilhard de Chardin

2016

Pierre Teilhard de Chardin
LA VIDA CÓSMICA (1916)
Edición de LEANDRO SEQUEIROS
Vicepresidente
De la Asociación de Amigos de Teilhard de Chardin
Bubok, 2016

PALABRAS CLAVE: Teilhard de Chardin, espiritualidad, mística, cosmovisión, cósmico, Gran Guerra, Evolución, Materia

CONTENIDOS

1. Presentación……. **5**
2. La Vida cósmica (1916) de Pierre Teilhard de Chardin ……... **21**
   TEXTO……... **23**
   Introducción (T de Ch)……... **25**
   Cap. I: El despertar cósmico …….. **34**
   Cap. II: La comunión con la tierra …**55**
   Cap. III: La comunión con Dios ….. **92**
   Cap. IV: La comunión con Dios a través de la tierra …….. **112**
   Oremos …… **137**

1
PRESENTACIÓN

En 1916, en el frente de batalla como camillero, Pierre Teilhard de Chardin (1881-1955) escribe a mano en un sencillo cuaderno que envía a su prima Margarita el primer ensayo de cierta entidad en el que se expresa barroco, místico y desbordante el "genio teilhardiano". Parece que el "bautismo de lo real" –como él mismo escribe- hizo que en su interior se desencadenasen unas misteriosas energías capaces de revolucionar su mente. Y tuvo la capacidad inmensa de intentar plasmar en un brillante francés las vivencias más hondas de su alma de poeta místico y científico.

En la introducción a su ensayo "El dominio del mundo y el reino de Dios"[1] (firmado el 26 de septiembre de 1916)

[1] Pierre Teilhard de Chardin. *Escritos del tiempo de guerra*. Taurus, Madrid, 1968, pág. 93-118.

reconoce que “Al escribir *La Vida cósmica* he pretendido llamar la atención sobre la posibilidad de una sana reconciliación entre Cristianismo y Mundo, sobre el terreno de la prosecución leal y convencida del Progreso, en comunión sincera con una fe en la Vida y en el valor de la Evolución. Mostré entonces al alma, una vez despertada a la pasión de las realidades extra-individuales y cósmicas, arrojándose sobre el Universo en el que se escuchaba por todas partes la llamada de una Divinidad; y he descrito cómo, bajo su impulso, el Absoluto se descubre y adquiere la figura de un movimiento de ascensión y de segregación, hecho de intrépida conquista, de socialización intensiva, de continuo desprendimiento, hasta el momento en que la Verdad descendida del Cielo, unida a la Verdad que se elabora sobre la Tierra, sintetiza todas las esperanzas del Mundo en la bendita Realidad de Cristo, cuyo Cuerpo es el centro de la Vida Elegida” (p. 97)

En este artículo situamos el ensayo “La Vida cósmica” dentro del contexto de la obra de Teilhard y en el marco de la experiencia personal de la guerra europea (1914-1919). Hemos realizado una nueva traducción de “La Vida cósmica” a partir del texto original

francés[2], cotejado con el texto en castellano[3], al que se han añadido notas aclaratorias a pie de página.

1. PIERRE TEILHARD DE CHARDIN

Marie-Joseph Pierre Teilhard de Chardin nace el 1 de mayo 1881 en la casa solariega de la familia en Sarcenat, cerca de Orcines (Puy-de-Dôme)[4]. Era el cuarto de los

---

[2] TEILHARD DE CHARDIN, PIERRE. "La Vie cosmique. *Écrits du temps de la guerre. 1916-1919.* Éditions du Seuil, París, 1965, pág. 17-82

[3] TEILHARD DE CHARDIN, PIERRE. "La Vida cósmica". *Escritos del tiempo de guerra*. Taurus, Madrid, 1968, pág. 19-91.

[4] Reseñamos algunos de los libros depositados en la Bublioteca Teilhard en la Asociación de Amigos de Teilhard (Córdoba, España): ÁLVAREZ DE JUAN, M., *La formación del Científico y Teilhard de Chardin.* Tesis Doctoral, Universidad de Valencia, 257 pp 1972; BARJON, L. Y LEROY, P., *La carrière scientifique de Pierre Teilhard de Chardin.* Éditions du Rocher, Monaco, 1964, 141 páginas; BARTHÉLENY-MADAULE, M., *Bergson et Teilhard de Chardin.* Éditions du Seuil, Paris, 1963, 686 pág.; Charmonneau, B., *Teilhard de Chardin, prophète d´une âge totalitaire. Essai.* Èditions Denoël, Paris, 1963, 222 pág.; Chauchard, P., *L´être humanin, selon Teilhard de Chardin. Ses aspects complémentaires dans la phénoménologie scientifique et la pensée chrétienne.* Lecoffre, Paris, 1959, 237 pág.; Chauchard, P., *La pensée scientifique de Teilhard.* Édit. Universitaires, 1965, 270 pp.; Corvez, M., *De la*

ciencia a la fe. Teilhard de Chardin. Mensajero, 1967; Crespy, G. *La pensée théologique de Teilhard de Chardin.* Édit. Universitaires, París, 1961,231 pp.; Crespy, G., *Ensayo sobre Teilhard d Chardin. De la ciencia a la teología.* Hinneni, Salamanca, 1967, 227 pág.; Cuénot, C., *Pierre Teilhard de Chardin. Le grandes étapes de son évolution.* Plon, Paris, 1958, 489 + XLIX pág.; Cuénot, C. (editor). *Teilhard de Chardin et la pensée catholique. Colloque de Venice.* Éditions du Seuil, Paris, 1965, 267 pág.; De Lubac, H., *La pensée religieuse du Pére Teilhard de Chardin.* Aubier, Paris, 1962, 374 pág.; D´Ouince, R., *Un prophète en procès: Teilhard de Chardin dans l´Église de son temps.* Aubier, Paris, 1970, colección Intelligence de la foi, 259 pág.; D´Ouince, R., *Un prophète en procès: Teilhard de Chardin et l´avenir de la pensée chrétienne.* Aubier, Paris, 1970, colección Intelligence de la foi, 267 pág.; Galleni, L., *Darwin, Teilhard de Chardin y los otros. Las tres teorías de la evolución.* Editorial Epifanía, Buenos Aires, 2010, 149 pág.; Herrán Gascón, A de la *Teilhard de Chardin. Vuelve el hombre.* Editorial Ciencia, Madrid, 1993, 133 pág.; Leon-Dufour, M., *Teilhard de Chadin y el problema del porvenir del hombre.* Cuadernos Taurus, 86, 1969, 109 pp; Mooney, Ch. F., *Teilhard de Chardin and the Mysery of Christ.* Collins, Londres,1966.; Muñoz, F., *De la Fenomenología a la Cristología. Una aproximación al pensamiento de Pierre Teilhard de Chardin.* Autoedición, 2013, 271 pág.; Pérez de Laborda, A., *La filosofía de Pierre Teilhard de Chardin.* Ediciones Encuentro, Madrid, 2001, 474 pp.; Riaza, F. *Introducción al pensamiento de Teilhard de Chardin.* Cuadernos del Personalismo, 1992, 62 pág.; Rideau, E., *La pensée du Pére Teilhard de Chardin.* Éditions du Seuil, Paris, 1963, 590 pág.; Sequeiros, L. *Teihard en el corazón.* Bubok, 2010, 230 pp;

hijos de Emmanuel Teilhard de Chardin y Berthe-Adèle de Dompierre d´Hornoy. Una familia muy religiosa y bien establecida. Una selección de datos nos ayuda a centrar su figura.

En el año 1899, ingresa (con 18 años) en el noviciado de la Compañía de Jesús en Aix-en-Provence. Posteriormente realiza estudios de filosofía en Jersey y entre 1905-1908 ejerce como profesor de química en el Colegio de la Sagrada Familia en El Cairo. Más tarde, entre 1908 y 1932 realiza sus estudios de Teología en Ore Place (Hasting, Sussex). En 1911 es ordenado sacerdote y sus superiores lo destinan a estudiar ciencias en París.

Podemos decir que, entre 1912 y 1923 es la etapa inicial de su formación científica y la publicación de los primeros trabajos geológicos y paleontológicos en Europa. En 1912 tiene lugar la primera entrevista con Marcellin Boule, profesor de paleontología en el Museo de Historia Natural de París. Bajo su

---

Sequeiros, L., *En todo amar y servir. La diafanía de lo divino en el corazón del Universo.* Bubok, 2012, 163 pp.; Sequeiros, L. y Castellano Barón, F. J., *Amigos de Teilhard en España. Aproximación histórica.* Bubok ediciones, Córdoba, 10 de abril de 2015, 165 páginas; Tresmontant, C. *Introduction a la pensée d Teilhard de Chardin.* Seuil, Paris, 1956, 131 pp.; Tresmontant, C., *Introducción al pensamiento de Teilhard de Chardin.* Cuadernos Taurus, Madrid, 1960, 96 pág.

dirección, asiste a cursos de Geología y Paleontología.

Al estallar la Primera Guerra Mundial Teilhard, a pesar de su condición de sacerdote, fue movilizado. Desde 1915 actúa como camillero en el 21 regimiento mixto de zuavos y tiradores, situado en la primera línea de fuego. Está en el frente de batalla hasta 1919 en que es desmovilizado. Regresa a la Universidad y obtiene en la Sorbona la licenciatura en Ciencias Naturales. Desde 1920 se dedica intensamente a las tareas de la Tesis Doctoral. Esta es defendida en 1922 con el título *Los Mamíferos del Eoceno inferior francés y sus yacimientos.* Inicia la docencia universitaria y es nombrado Encargado de curso de paleontología y geología en el Instituto Católico de París.

Pero esta tarea dura poco tiempo: los superiores lo destinan a China. Se inicia la estancia en Tientsin, entre 1923 y 1931. 1928-1929 Es nombrado consejero del Servicio Geológico de China. Pronto lo veremos como Colaborador en las excavaciones paleontológicas humanas de Choukoutien, cerca de Pekín como asesor de geología. En el año 1930, participa en la Expedición centroasiática (Mongolia) del *American Museum of Natural History*.

Un año después, en 1931, Teilhard colabora en el estudio del *Sinanthropus pekinensis*, en hombre fósil de China,

emparentado con el Pithecántropo (Homo erectus) de Java. Estos acontecimientos le empujaron al corazón de la comunidad científica de su tiempo, tanto en el campo de la prehistoria como de la paleontología y de la geología. Por otra parte, estos años son también tiempos de una gran actividad literaria que, desgraciadamente, no le fue permitido publicar, aunque se difundía multicopiada.

Entre 1931 y 1939 tiene lugar la estancia de Teilhard de Chardin en la ciudad de Pekín, donde mantiene una densa actividad científica, espiritual y filosófica. Entre los años 1931 y 1932 participa en el que fue llamado "El Crucero Amarillo", una expedición científica al corazón de China, impulsada por la fundación Citroën en Asia. Más tarde, entre 1932 y 1936, colabora en diversas campañas geológicas y paleontológicas a lo largo y ancho de China.

Desde 1939 a 1946, Teilhard queda inmovilizado en China debido a las operaciones bélicas de la Guerra Mundial. Pero esta situación no bloquea su creatividad: en 1940 (con 59 años) crea con Pierre Leroy SJ el *Instituto de Geobiología* de Pekin. Pero en 1946 los jesuitas son deportados de China.

Los últimos diez años de la vida de Teilhard discurren entre Estados Unidos y Francia, con viajes científicos esporádicos a otros países. En el año 1955, Teilhard muere

repentinamente de infarto en Nueva York el día 10 de Abril (día de Resurrección).

2. PIERRE TEILHARD DE CHARDIN Y LA GRAN GUERRA, LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

Hemos considerado de interés para los lectores situar a Teilhard en el marco global de su vida para entender cómo, “La Vida cósmica”, su primer ensayo de síntesis, fue el punto de partida de toda su gran aventura intelectual.“La Vida cósmica” forma parte de su experiencia terrible como camillero en el frente de batalla. Teilhard fue testigo de excepción del primer gran conflicto armado del siglo XX, la Primera Guerra Mundial o "Gran Guerra" que movilizó a más de 70 millones de soldados de los cinco continentes y dejó cerca de diez millones de muertos y 20 millones de soldados heridos. Esta guerra también dejó millones de muertos civiles y provocó la caída de los imperios ruso, austro-húngaro, alemán y otomano.

La Primera Guerra Mundial, también conocida como “Guerra Europea” o la “Gran Guerra”, fue un conflicto armado desarrollado principalmente en Europa, que dio comienzo el 28 de julio de 1914 y finalizó el 11 de noviembre de 1918, cuando Alemania pidió el armisticio y más tarde el 28 de junio de 1919,

los países en guerra firmaron el Tratado de Versalles.

Algunas fechas más importantes nos sitúan a Teilhard en el tablero de la Guerra Europea. El 28 de junio de 1914, el estudiante nacionalista serbio Gavrilo Princip asesina en Sarajevo (Bosnia Herzegovina) al archiduque Francisco Fernando de Habsburgo, heredero del trono del Imperio Austrohúngaro. Un mes más tarde, el 28 de julio, Austria-Hungría declara la guerra a Serbia. (mediante un telegrama) y el 30 de julio, se produce una Movilización general en Rusia, aliada de Serbia. El 1 de agosto, Alemania declara la guerra a Rusia. Es entonces cuando Francia y Alemania decretan la movilización general. El día 3 de agosto, Alemania declara la guerra a Francia y el 4 de agosto, las tropas alemanas cruzan Bélgica (país neutral) y entran en Francia. El Reino Unido declara la guerra a Alemania. Se inicia a partir del 19 de agosto la llamada "Batalla de fronteras" en el norte (frontera franco-belga) y el este (frontera franco-alemana). Las tropas francesas retroceden 200 kilómetros.

Entre los días 6 y 9 de septiembre de 1914 tiene lugar la primera batalla del Marne (este de París). Una contraofensiva franco-británica frena el avance de los alemanes, a menos de 40 kilómetros de París, y los hace retroceder hacia el norte. Cerca de un millón

de soldados franceses y británicos se enfrentan con 800.000 alemanes.

El 21 de febrero de 1916, marca el comienzo de la batalla de Verdún (que se prolonga hasta el 18 de diciembre), con el resultado de 500.000 muertos, franceses y alemanes. Ya en 1917, entre el 16 de abril y el 9 de mayo, se produce el fracaso de la ofensiva francesa en el Camino de las Damas, en el frente de Champaña (noreste de París), que deja decenas de miles de muertos. El 15 de diciembre tiene lugar en Armisticio de Brest-Litovsk entre Rusia y los imperios centrales. Por fin, el 3 de marzo de 1918 se firma un tratado de paz. La Gran Guerra ha terminado, llevándose consigo millones de muertos y el arrasamiento de países enteros.

3. TEILHARD Y LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

Nos ha parecido presentar estos datos para situar a Pierre Teilhard de Chardin. Entre 1914 y 1919, Pierre Teilhard de Chardin permanece movilizado en el frente como camillero recibiendo la Medalla al Mérito Militar y Legión de honor. Precisamente, entre estos años, 1916 y 1919, Teilhard redacta sus 18 primeros ensayos de síntesis luminosa entre los que destacan “La Vida cósmica” (1916), “El Medio místico” (1917), “La Unión creadora” (1917), “Mi Universo” (1918), “El Sacerdote” (1918) y “La potencia espiritual de la materia”

(1919) [5]. En ellos ya se transluce lo que será el núcleo de su pensamiento.

Estos son algunos de los datos más relevantes de la hoja de servicio de Pierre Teilhard de Chardin, tal como minuciosamente lo describe uno de sus primeros biógrafos, el profesor Claude Cuénot[6].

Muchos datos de gran interés sobre sus actividades en el frente y sus reflexiones espirituales están reflejados en sus cartas, agrupadas en el volumen XVI de sus obras,

[5] Todos ellos se publicaron en el volumen XII de las *Oeuvres de Teilhard de Chardin.* Y la versión castellana en: Pierre Teilhard de Chardin. *Escritos del tiempo de guerra*. Taurus, Madrid, 1968, 470 páginas. La precipitación en la traducción de estos ensayos dio lugar a errores de traducción y a erratas de imprenta que hemos intentado corregir realizando nuevas traducciones a partir de la edición francesa.

[6] Cuénot, C., *Pierre Teilhard de Chardin. Le grandes étapes de son évolution.* Plon, Paris, 1958, 489 + XLIX pág; edición española: Cuénot, C., *Pierre Teilhard de Chardin. Las grandes etapas de su evolución.* Taurus, Madrid, 1967, 640 páginas (sobre todo, a partir de la página 53).

bajo el título *Génesis de un pensamiento*[7]*.* En el mes de agosto de 1914, Teilhard no está aún movilizado. Una junta de clasificación le había declarado inútil parcial para el servicio militar en 1902 y en 1903; una nueva revisión, lo declaró apto para servicios auxiliares en 1904. Eran sus años de estudiante jesuita y debía ser la estrategia para que no tuvieran que hacer el servicio militar. Teilhard, pues, puede continuar con su formación religiosa y los estudios científicos. Incluso, tras la batalla

[7] Pierre Teilhard de Chardin. *Genèse d´une pensée.* Bernard Grasset editeur, París, 1961. Edición castellana: *Génesis de un pensamiento. Cartas (1914-1919).* Taurus, Madrid, 1963. Presentado por Alice Teillard-Chambon y Max Henri Bégouën y precedidas de una introducción de Claude Aragonnès. Traducción de Teófilo Delgado. 369 páginas. En la introducción de Claude Aragonnès (su prima Margarita Teillard-Chambon) leemos (pág. 31): "De entre los acontecimientos exteriores de su vida, la guerra ha sido para el Padre Teilhard probablemente el más decisivo. Ha tenido sobre su vida una repercusión profunda. No es exagerado decir (así lo pensaba y así lo decía él) que la guerra le ha revelado a sí mismo. De todos modos, la guerra vino a precipitar un desarrollo interior que no se hubiera producido tan pronto ni, seguramente, tan irresistiblemente, sin las circunstancias que han acrecido considerablemente su experiencia humana, puesto su espíritu en movimiento y templado su carácter".

del Marne, a la que hemos aludido más arriba, puede eludir ser movilizado y incluso comienza en Cantorbery la etapa que la Compañía de Jesús denomina la "Tercera Probación"[8].

Teilhard no terminará este año de Tercera Probación. Las urgencias de la guerra hacen que un nuevo reconocimiento médico y militar (en diciembre de 1914) le declare "útil para todo servicio". Movilizado casi inmediatamente e incorporado a la 13ª sección de Sanidad, Teilhard pasa un tiempo en Vichy y después en Clermont-Ferrand.

Pero esto no va con su carácter. No le gusta el trabajo de oficina. A sus 33 años Teilhard desea ir al frente de batalla. Verá satisfecho su deseo. El 20 de enero de 1915, ya es camillero de segunda clase en el 8º regimiento de choque de tiradores marroquíes. Este regimiento se convierte desde el 22 de junio de 1915, en el 4º regimiento de zuavos y tiradores.

Los primeros meses de 1915 los pasa Teilhard en los confines de Oise y del Somme, aproximadamente en el ángulo que formaba la línea del frente que, procedente del este, se

[8] La "Tercera Probación" es una etapa de un año, finalizados los estudios teológicos, durante la cual los jóvenes jesuitas hacer una síntesis personal de toda su larga formación y se preparan para la Misión que la Compañía de Jesús quiera encomendarles en el futuro.

remontaba hacia el norte de Francia. En abril y mayo y en agosto de 1915, el 4º mixto está en el sector de Ypes. Luego, en septiembre del mismo año participa en la gran ofensiva de Champaña, especialmente brutal y mortífera, a la que hemos aludido. En junio, en agosto, en octubre, y en diciembre de 1916 nuevos actos heroicos en el frente, le cubre de gloria en Verdún.

En 1917 volvemos a encontrarlo en Champaña, en la región del Chemin-des-Dames, cerca del Ainse, y después, en las pendientes septentrionales al oeste de Soissons, participa de lleno en la segunda batalla del Marne y más tarde, participa en la contraofensiva.

En octubre de 1918 goza de una especie de vacaciones muy cerca de la Alta Alsacia y de la frontera suiza. A la noticia del armisticio, el regimiento se mueve hacia Alsacia y una delegación del 4º mixto de zuavos y tiradores asiste, el 25 de noviembre de 1918, a la memorable entrada en Estrasburgo. El 30 de enero de 1919, el regimiento penetra en Alemania, en Baden, por el puente de Kehl. Para Teilhard, la guerra ha terminado.

Una guerra parece que, en principio, es incompatible con la vida intelectual. Pero durante los períodos de reposo, Teilhard – según sus biógrafos y sus cartas - llenó, con su letra a la vez menuda, rápida, enérgica y

distinguida, cuadernos enteros en los que confiere a su pensamiento una formulación ya compleja y rica.

Es curioso que Teilhard mantuvo también una densa correspondencia con los hermanos Bégouën, apasionados por la arqueología. Y llega a esbozar una hipótesis sobre la historia geológica del lugar, observando los cortes geológicos y los depósitos de la Era Terciaria en las trincheras de los alrededores de Reims y recogiendo muestras de fósiles, sin sospechar que, enfrente, los alemanes recogen también, en sus obras subterráneas, muestras que salían para Munich, donde las estudiara el geólogo Max Schlosser.

Como escribe Cuènot (opus cit., pág. 68) Teilhard, como decía Baudelaire, "me has dado tu cieno y yo lo he convertido en oro". Hizo oro del cieno de las trincheras, porque poseía el don sobrenatural de extraer de las cosas y de los seres la savia mediante la cual crecía para Dios.

Pero eso no es todo. Su biógrafo Claude Cuènot (opus cit, pág. 68) cree que fue la lectura de *L´évolution créatrice* de Henri Bergson[9] influyó de modo radical sobre la

[9] Bergson, H., *La Evolución creadora.* Colección Austral, Madrid, 1985. Henri-Louis Bergson (1859-1941) publicó *L´évolution créatrice* en 1907. Posiblemente, Teilhard lo leyó con avidez durante sus años de estudio

cosmovisión de Teilhard. “La lectura de La Evolución creadora de Bergson fue más bien la ocasión de una toma de conciencia personal, encuentro de una evidencia interior y de la simple necesidad de comprender los datos de la ciencia, que solo el evolucionismo hace inteligibles (…) A partir de entonces, la unidad del mundo es a sus ojos de naturaleza dinámica o evolutiva, el universo no es ya un cosmos inmóvil, sino una cosmogénesis, y todo se desarrolla en un “espacio-tiempo” biológico. No sabríamos establecer un paralelo entre los conceptos bergsonianos y teilhardianos de evolución”[10] .

Como escribe en “El Corazón de la Materia”[11], en sus años de Teología en Hasting (1909-1912) la lectura de Bergson le impulsó a “la conciencia de una Deriva profunda, ontológica, total, del Universo”. En Teilhard se produce el “despertar cósmico” y, como escribe el “La Vida cósmica”, experimenta “el valor beatificante de la Santa Evolución”. Todo en él “expresa felizmente el sentimiento de la omnipresencia de Dios, el

---

de Teología en Inglaterra. Ver: Bartélemy-Madaule, J., “Bergson et Teilhard de Chardin”. *Les études bergsoniennes,* París, 1960, volumen V, pág. 65-71.

[10] Cuènot, C., *opus cit.,* pag. 68-69.

[11] Pierre Teilhard de Chardin. “El Corazón de la Materia” (1950). *El Corazón de la Materia,* Sal Terrae, 2002, pág. 26-30.

abandono total del místico a la voluntad divina, y ese esfuerzo por comulgar con lo Invisible por intermedio del mundo visible, reconciliando así el Reino de Dios con el amor cósmico"[12].

2

La Vida cósmica (1916) de Pierre Teilhard de Chardin

Escribe Claude Cuènot: "En un principio, la vida en las trincheras parece obrar como un catalizador sobre el espíritu del joven jesuita, y la primera síntesis es *La Vida cósmica* (24 de marzo de 1916), compuesta sin duda en los alrededores de Nieuport. El Padre Teilhard quiere dejar que se desborde

[12] Cuènot, C., *opus cit.,* pag. 70.

su amor a la materia y a la vida y armonizarlo con la adoración a la única, absoluta y definitiva Divinidad. Parte del hecho inicial, fundamental, de que cada uno de nosotros está ligado, a través de todas sus fibras materiales, orgánicas, psíquicas, a todo lo que le rodea. La mónada humana, como toda mónada, es esencialmente cósmica" (Pág. 69)

Esta intuición inicial le acompañará toda la vida. De forma que años más tarde, lo expresa. Muy explícita es su confesión en *Como yo creo*, (escrita en octubre de 1934)[13]: "La originalidad de mi creencia consiste en esto: que arraiga en dos dimensiones de la vida, consideradas habitualmente como antagónicas. Por mi educación y formación intelectual, pertenezco a los "**hijos del cielo**", pero por mi carácter y mis estudios profesionales soy un "**hijo de la Tierra**".(…) Al término de mi experiencia, después de treinta años consagrados a la búsqueda de la unidad interior, tengo la impresión de que se ha realizado de modo natural, una síntesis entre las dos corrientes que tiran de mí: la una no ha ahogado a la otra. Hoy creo, probablemente, más que nunca en Dios, y al propio tiempo, más que nunca, en el mundo".

Este doble impulso hacia Dios y hacia los humanos, hacia lo material y hacia lo

[13] Pierre Teilhard de Chardin. *Como yo creo.* Taurus, Madrid, 1970 pág. 105-106.

espiritual, hacia lo trascendente y lo inmanente, hacia lo físico y lo metafísico le acompañará siempre. Y su síntesis es un intento de armonización entre ambas tendencias. De alguna manera, todo lo material, lo humano, lo inmanente, lo terreno está apuntando, creciendo, evolucionando hacia lo espiritual, lo ultrahumano, lo sobrenatural, lo metafísico, lo teológico, lo divino…Esa fue una de sus primeras intuiciones.

LA VIDA CÓSMICA

A la *Terra Mater,* y por medio de ella sobre todo a Cristo Jesús.

*«*La Vida cósmica*», cuya redacción fue terminada el 24 de marzo de 1916, en Nieuport, es el primero de los escritos netamente teilhardianos que poseemos.*

Presentado por el padre Teilhard de Chardin – siendo consciente de los peligros que corría en el frente - como su «testamento de intelectual», contiene en germen todo el desarrollo posterior de su pensamiento. Decimos en germen porque es menos claro en sus percepciones, es menos preciso en su exposición y las afirmaciones no están tan sólidamente fundamentadas (hay un cierto número de puntos que más tarde Teilhard se esforzará por exponer de forma más clara y que aquí se presentan solamente como datos de la Revelación).

La presentación de sus ideas - como aparece en varios de los escritos aquí publicados - es lírica, no exenta de exaltación: «Expongo ante todo unas consideraciones ardientes», escribe el padre Teilhard.

Será por tanto en sus escritos posteriores donde habrá que buscar la forma definitiva de su pensamiento.

Hay una comunión con Dios y una comunión con la Tierra y una comunión con Dios por medio de la Tierra.

(_)

"…Y Jacob estuvo luchando con el Ángel hasta que se hizo de día".

INTRODUCCIÓN[14]

Escribo estas líneas movido por la exuberancia que muestra la vida y por la necesidad de vivir - deseo manifestar una visión apasionada de la Tierra, y para buscar una solución a las dudas sobre mi acción -; escribo porque amo al Universo, a sus energías, a sus secretos, a sus esperanzas y porque, al mismo tiempo, estoy entregado a Dios, el único Origen, la única Salida, el único Término. Quiero dejar aquí libres los sentimientos de mi amor hacia la materia y

[14] Para esta nueva edición de *La Vida cósmica,* hemos tenido muy en cuenta las correcciones aportadas por el padre Teilhard durante la transcripción de la copia del manuscrito que hizo posteriormente por indicación de Marcel Légaut. De ahí las modificaciones ligeras que podrá advertir el lector. (Nota de los Editores) [Esta nota falta en la edición española de Taurus]

hacia la vida, y armonizar todo esto, si fuera posible, con la adoración hacia la Divinidad que es la única absoluta y definitiva.

Parto de este hecho inicial*, fundamental: que cada uno de nosotros, lo quiera o no, se encuentra enlazado a todo lo que le rodea por todas sus fibras materiales, orgánicas, psíquicas. No sólo se halla atrapado en una red, sino que se ve arrastrado por la corriente de un río. Por todas partes a nuestro alrededor no hay más que enlaces y corrientes. Nos encadenan mil determinismos, pesan sobre nuestro presente mil herencias, mil afinidades padecidas nos dislocan y nos acosan hacia un fin ignorado. En medio de todas estas fuerzas que interfieren, el individuo no aparece más que como un centro*[15] *imperceptible,* un punto de vista que

[15] [El concepto de "centro" es importante en Teilhard. El "centro" no es un punto estático que ocupe una cierta situación en el espacio, sino un foco dinámico de unión que aparece en una cierta etapa de la evolución (la Vida) y es susceptible de centrarse cada vez más. La "centración" es el proceso general del ser mediante el cual el "ser" se repliega sobre sí mismo, se interioriza y se unifica. Es también el primer estadio de la dialéctica existencial de la dicha y primera etapa de toda vida espiritual (la unificación de nosotros mismos en el corazón de nosotros mismos, lo que constituye la primera condición de nuestra propia entrega, y por ello, precisamente de una unificación superior) Claude Cuénot, *Nuevo Léxico de Teilhard de Chardin,* 1968, 1970) Nota de L. Sequeiros]

ve*, un centro de repulsión y de atracción que siente, que busca y que da bandazos, que escoge entre las innumerables energías que a través de él irradian, que busca y que confunde, que torna sobre sí y se orienta para captar más o menos y en sentidos diversos, la atmósfera activa que le baña y en la que él es un punto singular y consciente….*

Y así es la condición exterior *que nos ha sido dada; nos hallamos, por así decirlo, mucho más fuera de nosotros en el tiempo y en el espacio, que dentro de nosotros mismos, desde el instante en que vivimos: la persona, la* mónada[16] *humana, como toda mónada es* esencialmente cósmica[17]*.*

[16] [Mónada, en Teilhard, tiene un sentido preciso en tres sentidos: 1) la individualidad humana en tanto que elemento de un todo; 2) la unanimidad de las mónadas humanas en tanto que constituyen este todo individualizado que integra la Gran Mónada, el primer esbozo de la noosfera en forma de evocación poética, en la que el disco lunar simboliza la totalidad humana unificada; 3) el centro supremo de energía personalizante. La mónada teilhardiana, a diferencia de la mónada de Leibniz, se halla abierta al cosmos y al Otro, y no está regida por una armonía preestablecida (Claude Cuénot, *Nuevo Léxico de Teilhard de Chardin,* 1968, 1969) (Nota de L. Sequeiros)]

[17] [Para Teilhard, "cósmico" designa, por una parte, al Universo tomado como un todo formando en dimensión evolutiva una primera etapa de la organización de lo múltiple hacia la emergencia de lo humano; por otra parte, un poder de aprehender la unidad del mundo que constituye uno de los sentidos del espíritu, el sentido

*Mucho antes de que la reflexión, la ciencia, la historia, las necesidades sociales experimentadas, vengan a precisar en nosotros la conciencia de ese inmenso dominio del «*nosotros que se encuentra fuera de nosotros*» y del «*nosotros que se halla en nosotros a pesar de nosotros*», una llamada secreta, íntima, que dilata nuestro egoísmo, nos advierte de que somos, en virtud de nuestras almas inmortales,* los centros innumerables de una misma esfera*, identificados [idénticos] mediante todo lo que no sea su incomunicable psiquismo, - los elementos encadenados de una misma curva que se prolonga por delante y por detrás de nosotros. Por una innata y oscura afinidad, por una necesidad inmanente de palpar lo estable y lo absoluto, sentimos que en nuestro corazón se incuba o irrumpe bruscamente el deseo de transformar el aislamiento que nos concentra sobre nosotros mismos en una*

---

cósmico. El sentido cósmico es la intuición que nos pone en contacto con la totalidad del Universo y nos hace percibir la unidad bajo la multiplicidad. Dice en *La Activación de la Energía:* "Si bien, todavía velado, o dormido, en muchos humanos me parece que ese sentido cósmico de lo Uno y del Todo es la forma a la vez más primitiva y más progresiva de la energía psíquica en la que poco a poco se transforman a nuestro alrededor las otras energías del Mundo". En "Para ver las cosas con claridad" (25 julio 1950) (Claude Cuénot, *Nuevo Léxico de Teilhard de Chardin,* 1968, 1969) (Nota de L. Sequeiros)]

existencia más amplia, en una unidad de orden superior, haciéndonos capaces de poder participar en la Totalidad de lo que nos arrastra y nos embarga. La aspiración panteísta hacia la fusión de todos en todo[18]*, tal es* el aspecto inmanente de nuestra naturaleza cósmica*, la una como prueba de la otra, tan innegable ésta para nuestras voluntades como aquélla para nuestras inteligencias,… pero sólo para los que miran, sólo para los que sienten.*

Hacer mirar, hacer sentir, - vengarme, mediante una profesión de fe inflamada en la fecundidad y el valor del Mundo, de los que sonríen y menean la cabeza cuando se les habla de una nostalgia vaga por algo oculto en nosotros que nos sobrepasa y nos culmina-, triunfar incluso sobre esos humanos mostrándoles hasta la saciedad que su

[18] La continuación (capítulo 2) y un número considerable de escritos posteriores (en particular, "Panteísmo y Cristianismo", 1923 [publicado en *Como yo Creo,* edición Taurus, 1970, páginas 65-84], precisarán su sentido al distinguir un doble significado de la palabra "panteísmo" y de la aspiración que traduce; el panteísmo rechazado es el que habitualmente se designa bajo este término, y el admitido es el que Teilhard expone. En "El Elemento universal" [de febrero de 1919, publicado en *Escritos del tiempo de guerra,* edición Taurus, 1967, páginas 417-434], en *El Medio Divino* (página 122 de la 5ª edición española, 1966) y en otras partes rechaza simplemente "el panteísmo".[Nota de los editores]

envanecida individualidad no es más que una brizna de paja en el seno de las energías que pretenden ignorar, o de las energías de las que se burlan si les hablamos de levantar un templo en su honor: esa es mi primera intención*. Es preciso, si el ser Humano quiere alcanzarse a sí mismo, que* despierte *de su embriaguez* a la conciencia de sus infinitas prolongaciones*, a sus deberes. ¡Es necesario que el ser Humano (dando de lado a todas las ilusiones de un individualismo estrecho), amplíe su corazón a la medida del Universo, y arrebatado por el vértigo de su nueva grandeza, no pueda sustraerse de creerse en posesión de lo divino, de Dios mismo, o que se crea el forjador de la Divinidad!*

No pretendo hacer directamente ni ciencia, ni filosofía, ni, mucho menos, apologética. Expongo ante todo unas consideraciones ardientes. Casi sin una actitud de condena por mi parte, desde luego, veré, para comenzar, cómo reina en el pensamiento y en las pasiones humanas la crisis, compañera de todo despertar; como simple observador ante todo, contemplaré nacer y desenvolverse en el secreto de las almas o en medio del tumulto de las multitudes, la tentación cósmica; veré doblarse las frentes ante el becerro de oro, y veré al incienso ascender hacia la montaña del orgullo humano. Casi sin pruebas, también, pero fortalecido con sus propias

armonías con el Resto y con sus propias correspondencias, yo dejaré que, en aparente oposición con los sueños de la Tierra, surja el inefable Cosmos de la materia y de la Vida nueva, el Cuerpo de Cristo, real y místico, unidad y miríada, mónada y pléyade, que él viene a completar y corregir.

Y, semejante a quienes se dejan arrullar por melodías sucesivas y diversas, dejaré, en múltiples sentidos, que cante y grite mi vida… - hacia abajo, hacia arriba, por encima... - hacia el éter inicial, hacia el superhombre, hacia el Hombre-Dios. Pero no está permitido al ser Humano poseído de la verdad y de la realidad, dejarse llevar indefinidamente, con incoherencia *por cualquier viento que sople y amplifique su alma. Aunque lo pretendiera no le sería posible... Por fuerza de la lógica profunda de los objetos y de las actitudes, tarde o temprano sobreviene el momento en que por fin tenemos que introducir la unidad y la organización en el fondo de nosotros mismos - comprobar, escoger, jerarquizar nuestros amores y nuestros cultos,- destrozar nuestros ídolos y no dejar más que un único altar en el santuario. Ahora bien, para el cristiano más que para nadie,- esto es, para aquel que se arrodilla ante una cruz y a quien una voz adorada repite «Abandónalo todo para poseerlo todo»-, la elección se presenta cargada de incertidumbres y de angustias. Porque, en definitiva, ¿es que para ser*

cristiano hay que renunciar a ser humano, - humano en el sentido amplio y profundo de la palabra-, desesperada y apasionadamente humano? ¿Tendrá que ser preciso - para seguir a Jesús y tener parte en su cuerpo celeste-, renunciar a la esperanza de que palpamos y preparamos algo de lo absoluto cada vez que, - bajo los golpes de nuestro esfuerzo llega a ser dominada un poco más la sensación de determinismo- , se adquiere un poco más de verdad, se realiza un poco más de progreso? ¿Es necesario, para hallarse unido a Cristo, desinteresarse de la marcha propia de este Cosmos *embriagador y cruel que nos sostiene y que se alumbra en cada una de nuestras conciencias? Y una actividad como esta ¿no corre el riesgo de convertir, - a quienes la realizan en sí mismos-, en personas mutiladas, en personas tibias y debilitadas? He aquí el problema vital en el que entran en conflicto inevitablemente, dentro de un corazón de cristiano, la fe divina que sostiene sus esperanzas individuales y la pasión terrestre que constituye la savia de todo el esfuerzo humano.*

Es mi convicción más querida que el desinterés por todo lo que constituye lo agradable, -el aprecio más noble por nuestra vida natural- no puede ser la base de nuestros crecimientos sobrenaturales. El cristiano, si comprende bien la obra inefable que se realiza a su alrededor - y por medio de ella en

«toda» la naturaleza-, tiene que caer en la cuenta de que los impulsos y los arrebatos suscitados en él por el «despertar cósmico» pueden ser tomados en consideración por él, no solamente en su forma traspuesta sobre un Ideal divino, sino también en el tuétano de sus objetos más materiales y más terrestres: para ello le basta con penetrarse del valor beatificante y de las esperanzas eternas de la santa Evolución…

Y he aquí la palabra que quiero que se haga oír por encima de todo: la palabra de la reconciliación de Dios y del Mundo, porque es ella la que reconcilia a Dios y al mundo. Estas páginas en las que he querido transmitir, -con lo mejor de mi reflexión sobre las cosas-, la solución leal por medio de la cual se ha equilibrado y unificado mi vida interior, se las dedico a aquellos que desconfían de Jesús, porque sospechan que pretende ajar, -a sus ojos-, el rostro irrevocablemente amado de la tierra; se las dedico también a aquellos que, por amor a Jesús, se resisten a ignorar aquello que se desborda en su alma; se la dedico, en fin, a aquellos que, por no haber logrado hacer coincidir el Dios de su fe y el Dios de sus más ennoblecedores trabajos, se fatigan y se impacientan en medio de una vida dislocada por esfuerzos frustrantes.

24 de marzo de 1916. Nieuport

CAPÍTULO I
EL DESPERTAR CÓSMICO

A. LA VISIÓN

1. La Multitud.- La visión fundamental[19] [la mirada humana sobre la realidad que nos rodea] es la visión de la pluralidad y la de la multitud; es la multitud la que nos envuelve y la multitud la que nos constituye; la multitud que se agita a nuestro alrededor y la que se esconde dentro de nosotros.

Desde hace mucho tiempo, -desde siempre-, el espectáculo que se observa de todos los torbellinos de polvo –los de las estrellas en el cielo, los de los granos de arena en las dunas, los de los individuos entre

[19] [Teilhard inicia su ensayo describiendo la realidad que le rodea: la realidad material y la realidad humana. La suma de los esfuerzos colectivos de la naturaleza y de la sociedad. Hay pluralidad (muchas cosas diversas, el aspecto cualitativo) y multitud (muchos individuos del mismo tipo, el aspecto cuantitativo). L. Sequeiros]

la multitud- unido a la necesidad, que a nuestro espíritu se le impone cuando intenta definir los territorios continuos y descomponerlos en puntos (conforme a la imagen que ofrecen), hacía presentir a los humanos que existía una constitución atómica[20] del Universo. Pero sólo poco a poco, y gracias a las investigaciones cada vez más sutiles de la Ciencia moderna, esta hipótesis que se elabora de forma racional se ha transformado, para una amplia franja del

[20] [Alusión a la filosofía griega del a-tomismo, la visión cualitativa de adición de elementos sin partes constitutivos de las cosas. El atomismo es un sistema filosófico que surgió en Grecia durante el siglo V a. C. y en la India hacia el año 200 a. C.- 100 a. C., aunque tal vez mucho antes (Mosco de Sidón), según el cual el universo está constituido por combinaciones de pequeñas partículas indivisibles denominadas átomos (en griego significa *que no se puede dividir*). En las antiguas creencias, el átomo se definía como el elemento más pequeño, a la vez extenso e indivisible, del que están hechas todas las cosas. Según el **atomismo mecanicista** de Leucipo y Demócrito (siglos V y IV a. C.), los átomos son unas partículas materiales indestructibles, desprovistas de cualidades, que no se distinguen entre sí más que por la forma y dimensión, y que por sus diversas combinaciones en el vacío constituyen los diferentes cuerpos. La concepción de la naturaleza fue absolutamente materialista, y explicó todos los fenómenos naturales en términos de número, forma y tamaño de los átomos. Incluso redujo las propiedades sensoriales de las cosas a las diferencias cuantitativas de los átomos. Ver:
http://es.wikipedia.org/wiki/Atomismo. L. Sequeiros]

Mundo situada por encima y por debajo de nosotros, en una concreta y, a veces, directa intuición de los sentidos.

Hoy parece claro que, si bien nuestras percepciones permanecen irrevocablemente confinadas dentro de ciertos límites de grandeza y de pequeñez, podemos al menos preciarnos de haber descubierto y establecido experimentalmente la *ley de recurrencia* conforme a la cual está *construido el Cosmos*[21]. El análisis que se hace de la materia lleva a considerarla como una agregación innumerable de centros[22] que se capturan y se dominan unos a otros, de tal manera que construyen y constituyen, mediante sus combinaciones, otros centros de orden superior cada vez más complejos.

[21] [El Cosmos (orden) es un concepto de la filosofía griega muy querido por Teilhard aunque enriquecido. En "El Corazón de la Materia" (1950) identifica lo cósmico con lo evolutivo. No es el "orden" estático griego sino el dinamismo autotranscedente de la materia. http://es.wikipedia.org/wiki/Atomismo. L. Sequeiros]

[22] [La palabra "centro" es muy querida por Teilhard. Se refiere a elementos metafísicos alrededor de los cuales se organiza el todo. Hasta cierto punto, hay un eco de los vórtices de Decartes. En otros lugares, utiliza la palabra "mónada", pero en sentido diferente al de Leibniz. L. Sequeiros]

En el mundo llamado «de la Materia»[23], el cristal y el grumo coloidal se resuelven en moléculas, sus moléculas en átomos; esos átomos en electrones, y los electrones en algún éter granuloso,…; al mismo tiempo que, si avanzamos en el orden de dimensiones mayores, los planetas representan los electrones del sistema solar, mientras que éste, a su vez, es un átomo de alguna construcción gigantesca cuya forma se nos escapa: son los dos infinitos de Pascal que se han hecho realidad[24].

Y si nos fijamos en el mundo de la Vida, por su parte la Sociedad y el pólipo se

[23] [La "Materia" (con mayúscula) es un concepto muy querido por Teilhard. En sentido conceptual, la materia pura es lo múltiple antitético a lo Uno; es a un mismo tiempo lo que se opone a la energía unitiva y aquello sobre lo que la energía se ejerce. En una dimensión evolutiva, y por ende fenoménica, no hay en realidad ni materia pura ni espíritu puro, sino materia-espíritu en camino de espiritualización progresiva (por unificación) o bien en peligro de materialización regresiva (por recaída en lo múltiple), de donde se deduce una pluralidad de nombres de la materia que jalonan este proceso: materia-matrix, materia juvenil, materia original, materia primera, materia segunda, neomateria, potencia espiritual de la materia, Supermateria, Transmateria.. (Claude Cuénot, *Nuevo Léxico de Teilhard de Chardin,* 1968, 1969) (Nota de L. Sequeiros)]

[24] [Más información en:
http://www.culturamas.es/blog/2013/07/06/blaise-pascal-la-desproporcion-del-ser-humano/ L. Sequeiros]

diseminan como individuos, el individuo en segmentos, los segmentos en células, las células en granulaciones mal definidas, en las que las leyes del movimiento y simetría atómica se mezclan y se confunden con la diferenciación y la espontaneidad orgánicas.

A los ojos del sabio que mira, la continuidad [filogenética] aparente de los seres materiales, o su partición en fragmentos artificiales y accidentales [las especies], ceden su puesto al hormigueo innumerable de las mónadas naturalmente distintas. Y sin embargo, estas mónadas[25] no son unas rajaduras en el tejido inconsútil del Universo; porque, en el reposo y en la acción, en la textura y en el devenir, bajo los vínculos que las unen o las jerarquizan y las corrientes que las arrastran, siguen siendo -ése es el misterio del Cosmos y el secreto de la Materia- una misma cosa.

[25] [La palabra "mónada" tiene en Teilhard un significado diferente al de Leibniz. Para Leibniz es un concepto metafísico, mientras que para Teilhard tiene una entidad física. Es la individualidad humana en tanto que elemento de un todo; es la unanimidad de las mónadas humanas en tanto que integradas en la Gran Mónada. Y es centro supremo de energía personalizante. Ver: http://www.oocities.org/ciencia_creacion/elucubracionesalrededordelamonada.html .L. Sequeiros]

2. La Unidad en el Éter.- El primer aspecto de esta unidad profunda de todos los elementos del Universo, es su «radiación» común en la entidad misteriosa, cósmica por excelencia, denominada *Éter*[26].

Inexorablemente, y a pesar de las propiedades extrañas que le hacen tan real, en lo físico, como un bloque de piedra y, al mismo tiempo, tan inasible como un límite abstracto, el Éter se impone a la Física. Constituye el *medio*[27] exigido para trasmitir o

[26] [«Éter» representa un estado de la ciencia superado hoy. Pero en 1916, el concepto físico de "éter" ayuda a Teilhard a visualizar la textura continua del tejido del universo. Como se sabe, después de la célebre experiencia de Michelson y de las teorías de Einstein, la ciencia ha renunciado al Éter, que había jugado un gran papel en el siglo XIX y el principio del XX. Pero esto no tiene demasiada importancia en lo que se refiere a los aspectos cósmicos (en este caso, la unidad del Cosmos) desarrollados por el P. Teilhard. (Nota del Editor y L. Sequeiros)]

[27] [La palabra castellana "medio" tiene menos fuerza que el "milieu" francés. Tomada de la ecología, "milieu" (medio ambiente, en castellano) remite al conjunto de procesos fisico-químicos y biológicos que construyen un sistema biológico, lo conservan y lo hacen evolucionar. El "milieu divin" (medio divino) es el campo de energías divinas en tanto que emana de un foco que le centra, le anima, le dirige en su totalidad. Es un foco central simultáneamente inmanente y trascendente. Lo desarrollará más ampliamente en "El Medio místico" de 13 de agosto de 1917 (En *Escritos del tiempo de la guerra,* 171-212. Nota de L. Sequeiros]

incluso para dispensar las energías «transientes»[28], para soportar, o incluso para extender las conexiones que atraen o rechazan las partículas en las que se descompone el Mundo. Y el Éter es también el término último en que se resuelven las partículas cósmicas, bien se las considere como remolinos nacidos en el seno de una fluidez homogénea primitiva, o bien se vea en ellas solamente los centros innumerables en torno a los cuales irradia y se pliega una misma sustancia fundamental. Y en uno y otro caso, como materia primordial de las cosas, o como una cualidad de medio activo universal (como energía) que se introduce en nuestra visión del Mundo, -en virtud precisamente de su naturaleza de soporte último de las substancias y de las actividades-, o como una realidad que no admite, en su uniforme plenitud, ni laguna, ni fisura. Puesto que la

[28] [Cfr. "La Unión Creadora" (1917), ver el apartado 5, Transiencia. La Verdadera Materia, donde Teilhard se retracta de lo dicho. En En *Escritos del tiempo de la guerra,* Taurus, 1967, p. 235. Nota de los Editores franceses, no incluida en la edición española. Dice Teilhard: "No era así la concepción que yo intenté hacer valer en otro tiempo en "La Vida Cósmica" (1916). Yo me imaginaba entonces los seres como ligados principalmente por la Materia, de suerte que enlazados por su base corporal, iban desprendiéndose, aislándose, por sus vértices espirituales. En cambio, hoy adopto un punto de vista exactamente inverso". Nota de L. Sequeiros]

una y la otra desembocarían en la nada, el Éter se asemeja a una cierta enorme reserva de un fluido que pudiera ser torcido y retorcido sin que jamás la menor rajadura, la menor ruptura viniera a aislar de la masa total las singularidades locales engendradas por las torsiones, por complicadas o independientes que se las quisiera suponer. Y, al mismo tiempo, el Éter es de un fluido del que no podemos tener experiencia, en el que no puede distinguirse ninguna parte constitutiva natural, nada que recuerde a un átomo o a una molécula. La continuidad del Éter no puede llegar a ser rota por la fuerza ni descompuesta por el análisis. No se le debe comparar con la textura de un líquido en el que se adensa la multitud sin número de mil variedades de partículas, sino con la condición inimaginable *de un centro infinitamente distendido en el espacio, siempre el mismo y siempre diferente de sí mismo.*

Ahora bien, en el Universo, todo procede del Éter o está en el Éter...

Cualquiera que sea, por tanto, el elemento que yo considero fijo, al azar, dentro de la multitud que bulle, si este elemento lo confronto con otro, tomado igualmente al azar, he de admitir que, tanto en un caso como en otro, lo que allí se oculta, -completada sin duda por una inmanencia individual e incomunicable, pero no destruida por ella-, es una identidad real e íntima, la identidad en el

Éter cuyo centro único extendido por todas partes es la materia primera, la que no se puede fragmentar, al mismo tiempo que es inmensa, de cuanto surge en el vasto Cosmos. Como los nudos que se pueden encontrar a lo largo de un hilo, como los pliegues que se han formado sobre un mismo tejido, como los torbellinos originados en el seno de una misma corriente, de este modo, todo lo que se agita y que vive en el Universo representa, por una parte, por introspección, las modificaciones que cada mónada puede encontrar de una misma cosa; y por otro, es el punto inicial a partir del cual todo se alcanza en lo más íntimo de sí.

Esta *consanguinidad* de las mónadas *en el Éter*, lo que es su tronco y su savia común, podría quizás servir para disipar, a los ojos del pensamiento filosófico, la ilusión perturbadora de la transiencia[29]: la interacción de los seres materiales tiene lugar a favor y a nivel de una identidad. En todo caso, la transiencia es la razón física por la que los seres materiales, en

[29] [Neologismo que traduce la palabra «transience» del autor y que significa, más o menos aproximadamente, comunicabilidad. (Nota del revisor.) Cuénot lo define como fenómeno de interacción que establece entre las mónadas relaciones de exterioridad. Se opone a Inmanencia. Escribe Teilhard: "Compleja exterioridad o total "transiencia" son, como absoluta multiplicidad, sinónimos de la nada" ("Panteísmo y Cristianismo", 1923, *Como yo creo,* 69) L. Sequeiros]

cualquier grado de complejidad a que hayan sido elevados, continúan influenciándose mutuamente, según la medida de su perfección específica. – Aunque la realidad la consideremos más o menos rica en capacidad de ser organismo, o este esté iluminado de conciencia, o dotado de libertad, se trata siempre, en último análisis, del Éter, que se encuentra atraído o repelido en el fondo de los seres materiales, - un Éter que se repele a sí mismo entre una cosa y otra, o atraído por ellas, como nos vemos obligados a decir, por algún fin ignorado. Es él, el Éter, quien asegura la uniformidad y el encuentro de los determinismos, es él quien garantiza la acción recíproca de las almas. La unidad de origen de las mónadas se continúa necesariamente en la unidad de los aspectos; de las afinidades de crecimiento. *Está ligado* de forma definitiva dentro de la unidad del devenir total de la Materia.

Porque las mónadas de nuestro Universo no son únicamente los centros aparecidos en el seno de una gran masa homogénea inmóvil [no se trata del Universo aristotélico]. Como sucede con los torbellinos que se observan en un río, su aparición se halla acompañada de un movimiento más vasto de las aguas, que no solamente las *arrastra* más allá de sí mismas, sino que, más aún, es de alguna manera, la *causa misma de su aparición*. ¿Cuál es la figura precisa del movimiento total

del mundo de la Materia que la arrebata en el espacio, o la transforma en su misma constitución íntima? La Materia misma ¿es, ante todo, como lo insinúan el hecho de la degradación de la Energía y el desvanecimiento de los átomos, «la cosa que se deshace y que recae»? Las traslaciones que desplazan el sistema astral, ¿se realizan conforme a trayectorias que no se unen en parte alguna; o más bien son la percepción, de un torbellino gigantesco que, a partir de un minúsculo elemento, recomienza, en proporciones desmesuradas el trabajo indefinido del enrollamiento del Éter sobre sí mismo? Una única cosa nos interesa aquí: y es que además de una identidad original de los centros y de una red de relaciones estáticas tendida entre ellos (estáticas, o al menos permanentes), existe indudablemente, en lo que se refiere a la multitud atómica o astral, de extensas corrientes de conjunto por entre las que se infunde, en el cuerpo común de todo lo que existe a base de Éter, *el alma común de una Evolución*.

Y esta etapa nos conduce a los confines de la Vida.

3. La unidad por la Vida.- No hay nada más aislado, en apariencia, ni nada más exclusivo, si lo comparamos con cualquier otra existencia extra-individual, que la mónada viviente.

Las almas inmateriales o espirituales[30] [de los seres vivos] son el prototipo de lo que está acabado, de lo que está interiorizado sobre sí mismo, de lo que es *autónomo*; para nuestra experiencia y para nuestro pensamiento, constituyen el *microcosmos*. En ninguna parte, sin embargo, como en los seres vivos, gracias a la extrema sensibilidad de sus reacciones y a la penetración íntima de su introspección, son más fáciles, más impresionantes y también más fructuosas de descubrir sus influencias, sus funciones, su unidad cósmica.

En el origen de las servidumbres que aprisionan a las almas entre ellas y con el resto de las cosas, se encuentra el inevitable Éter. - La Vida tiene ciertamente que ver con la Materia y necesita de ella, por más que sea imposible, -dado el estado actual de nuestros conocimientos-, precisar con exactitud qué clase de relaciones hacen depender una de otra [la Vida y la Materia] a estas dos grandes realidades provisionalmente (?) distintas. La

[30] [En sus obras de juventud, Teilhard utiliza el término "alma del mundo", un término de la filosofía platónico-estoica que más tarde abandona. Es el principio de unidad inmanente al Mundo, que le hace inteligible y amable como una totalidad singular, a la que conviene referir todas sus partes (Claude Cuénot, *Nuevo Léxico de Teilhard de Chardin.* Taurus, Madrid, 1970). L. Sequeiros]

Vida ha aparecido y se desarrolla en función de todo el Universo; participa con algo propio en su unidad de substancia original, y se halla implicada, de alguna manera secreta, en el movimiento de conjunto, de base material, que es el devenir total del Cosmos. Así, en sus manifestaciones y en sus formas inferiores sobre todo, apenas se diferencia de las construcciones inanimadas que llevan a cabo las fuerzas llamadas físico-químicas. Por su forma exterior, por sus movimientos internos, por sus capacidades de fermentación, por su aptitud para entrar en agregaciones de orden superior, el ser monocelular se comporta, en muchos aspectos, como una molécula. La Vida aparece en continuidad fenoménica con la red de los determinismos y de las construcciones materiales. La individualización de las mónadas organizadas y conscientes, de la misma manera que la separación de los centros atómicos, no desgarra al plegarle el tejido fundamental del Cosmos. *En virtud de su materia común, todos los vivientes no son más que uno.*

Y en virtud de su vida se hallan soldados entre sí.

La Vida, como acabamos de decir, prolonga de alguna manera la materia: conserva de ella, junto con los elementos, algunos hábitos; incluso puede, -como veremos-, copiarla e imitarla al funcionar mecánicamente. Pero se distingue más

todavía por el modo particular de involución conforme al cual nacen bajo su influencia las mónadas, que la Vida arrastra siguiendo el sentido general de la corriente de perfección creciente. A través y a favor de la Materia que se pierde su carácter estático, la Vida asciende acompañando al trabajo de organización exterior que lleva a cabo a través de los individuos. Asciende a partir de un repliegue interno especial gracias al cual aparece, en el corazón de la Materia, una figura cada vez más consciente. Ahora bien, nada une tanto los centros como esta génesis común que los asocia en su estructura y en su destino. Releamos más bien sobre esas páginas de piedra la historia de la transformación de los organismos vivientes…

Esas páginas, a quien sabe repasarlas pacientemente, durante mucho tiempo, religiosamente, le evocan una inmensa y luminosa imagen, que los videntes más espirituales no han podido en su impotencia expresar más que en términos deslumbrantes y vagos de rayos que se difunden, de aurora, de resurgencia, pero que unánimemente reconocen como *una continuidad*. Percibido, dentro de una profundidad suficientemente grande del esquema del tiempo, el hormiguero confuso de los seres vivos que se ordena súbitamente, que para unos ojos perspicaces, se interpretan como largas caravanas que por senderos diversos avanzan

hacia la más plena conciencia. Contemplados a una buena distancia y bajo una luz apropiada, los individuos, -que al principio muestran apariencia de egoísmo y de estabilidad-, no aparecen más que como unos puntos de tránsito de un movimiento y que a ellos precisamente les toca ejercer como función más esencial el hacer progresar hacia un poco más allá; y la misma pluralidad de las tentativas que se han llevado a cabo para plegar la Materia a la espontaneidad del cambio, y la tentativa para organizarla en centros receptores de energías cósmicas, se funden en la unidad de un proceso hacia una misma dirección general (de una misma pendiente escalonada), la que conduce a la libertad y a la luz.

En medio de este tropel hacia el esplendor del día, muchas existencias particulares abortan o son pisoteadas, sacrificadas; numerosas direcciones equivocadas no conducen más que hacia organismos sin porvenir, que el lujo de estructuras secundarias sofoca o que la masa paraliza: de esa manera son eliminados grupos enteros, o si subsisten es sólo para proporcionar un punto de apoyo a los esfuerzos limítrofes. ¡Qué importan esos fracasos secundarios! El trabajo y el logro del conjunto es lo que cuenta. A través y por encima de los fracasos parciales prosigue el esfuerzo ascensional; la savia misteriosa y

única penetra y encuentra su camino en medio de la confusión inimaginable de las actividades mecánicas y organizadas. La Vida asciende, infaliblemente, hacia un sistema nervioso mejor trabado, hacia el cerebro sobre todo, donde el pensamiento podrá hacerse cargo de sí mismo puntualmente, sin aberración. Bergson[31] ha dicho todo esto mejor que nadie tal vez. Pero todos los que han intimado con la Vida han sentido también como él y mucho antes que él, el palpitar de su alma ante esta confidencia.

¡Oh, *la revelación del Alma única*, después de la de la *Materia única*! La visión de la Naturaleza, después de la que se observa en el laboratorio. ¡la Vida después del Éter! ¡Qué ciegos e «inhumanos» son, por tanto, aquellos que mientras contemplan el Universo pretenden ignorar todo eso! O bien mientras aseguran que lo ven, ¡no se estremecen bajo el choque de una inmensa

[31] Son pocas las referencias a sus fuentes. En este caso, cita a Henri Bergson (París, 1959-París, 1941). Su ensayo *La Evolución Creadora,* debió impactar profundamente en la mente de Teilhard. La primera edición es de 1907 y, posiblemente, Teilhard lo leyó durante sus estudios de Teología en Hasting (hacia 1910) quedando muy impactado. Sobre Teilhard y Bergson contamos con la tesis doctoral de J. Bartélemy-Madaule. Un anticipo en el artículo “Bergson et Teilhard de Chardin”. *Les études bergsoniennes,* París, 1960, vol. 5, 63-71. Ver Claude Cuénot, p. 68-69

sobreabundancia que los invade por completo! Porque no basta con escuchar a la ciencia, con mirar desde fuera cómo se perfilan, en sus torbellinos individuales o en sus señales de conjunto, las corrientes cósmicas. ¡Estas corrientes nos constituyen, pasan a través de nosotros; es preciso llegar a sentirlas!

B. LA SENSACIÓN

… Y he hecho refluir mi conciencia hasta la periferia extrema de mi cuerpo para comprobar si no me prolongaba fuera de mí mismo. He descendido hasta lo más escondido de mi ser, la lámpara en la mano y el oído al acecho, para intentar averiguar si en el fondo de la tiniebla que hay en mí no vería yo brillar las aguas de la corriente que pasa, [si] no escucharía susurrar sus aguas misteriosas que vienen de tan abajo y que van a brotar quién sabe dónde y he constatado, lleno de espanto y de embriaguez, que mi pobre existencia formaba un bloque con la inmensidad de todo lo que existe y de todo lo que deviene[32].

Yo lo percibo: la materia, que yo pensaba ser más mía, me desborda y se me escapa. Radiaciones sin número me atraviesan en todos los sentidos y no soy, en

[32] Este tema se retomaría luego en *El Medio Divino* (1927), sobre todo en las páginas 70-71 de la edición de Taurus (1966)

cierta manera, más que el lugar de sus encuentros y de sus interferencias. Me rodean múltiples influencias oscuras, me penetran -emanan también de mí- y transmiten el eco y la repercusión de cuanto vibra y se mueve en el Éter inmenso. Y todos estos choques, todas estas penetraciones del Resto dentro de mí, no son *intrusiones injustas* que yo tenga el derecho, sino el poder de rechazar. Dentro de mí se hallan en su sitio, puesto que me constituyen.

Siento además -y ahora mucho más claramente- que una multitud de independencias y de espontaneidades, átomos, moléculas, células, se agitan bajo la unidad de mi organismo. Su multitud jerarquizada la experimento fielmente en tiempo normal y en conjunto. Pero cada una de ellas conserva sus particulares afinidades para las esferas materiales que no son la mía, y estas complicidades, un día u otro, se traducen fatalmente en procesos de desorganización, cuyo desenlace es el «retorno al polvo».

Sin duda que la resultante de sus actividades, tal y como las disciplina y las completa mi alma, es una fuerza vital -aptitud para sentir y para evolucionar- que yo puedo reivindicar como específicamente mía.

Pero esta misma fuerza, -auténticamente mía en el sentido de que yo sólo la centralizo y la experimento-, *se me escapa por todo su*

pasado y su porvenir. Tras la unidad de que se reviste en mi conciencia se oculta la multitud apretada de todos los seres sucesivos cuya actividad, infinitamente paciente y prolongada, ha conducido hasta su actual perfección, el *phylum*, del que soy momentáneamente el brote extremo. Mi vida no me pertenece; lo descubro en el inexorable determinismo del crecimiento de las pasiones, del dolor, de la muerte; y lo percibo no sólo en mis miembros carnales, sino hasta en el meollo de mi ser más espiritual.

Yo soy libre, evidentemente. Pero ¿qué es lo que representa mi libertad sino un punto imperceptible en el seno de una masa, -no resuelta-, de leyes y de relaciones que en definitiva yo no domino, pero que utilizo artificiosamente, maniobrando con ellas, cogiéndoles el aire, pareciendo que las domino y las manejo, cuando no hago otra cosa que oponerlas entre sí? En el fondo de sí mismo, cada uno de nosotros puede distinguir todo un sistema de tendencias profundas, una ley de evolución particular que nada es capaz de suprimir y que persiste bajo todos los perfeccionamientos. Ese resorte íntimo, anterior y superior al libre albedrío, inscrito en nuestro carácter, en el ritmo de nuestros pensamientos, en los impulsos brutales de nuestras pasiones, es la herencia de la Vida, la *huella consciente* en nosotros de la *vasta corriente vital*, uno de cuyos hilos nos

constituye; la sujeción a la gran tarea de aparición de que nosotros no somos más que los obreros que trabajaron durante una hora [como leemos en el Evangelio].

Descendamos hacia el interior de nosotros mismos, -vuelvo a decir-, y nos quedaremos aterrados de encontrar allí, *por debajo del ser Humano de las relaciones y la reflexión superficiales*, un desconocido, apenas desprendido del inconsciente, todavía medio adormecido, a falta de excitante apropiado,- cuyos rasgos, en la penumbra, parecen tener que ver con la figura del Mundo.

No, no hay choque tan brutal ni roce de caricia que sean comparables a la vehemencia y a la sugestión de esta toma de contacto de nuestro individuo con el Universo, cuando *bajo la banalidad de nuestras experiencias más familiares*, advertimos súbitamente, poseídos de un terror sagrado, que *el inmenso Cosmos aflora en nosotros*.

C. LA LLAMADA

Nadie que haya tenido una vez esta visión será capaz de olvidarla; sino que, a semejanza del marino que ha percibido la embriaguez azulada de los mares del Sur, quedará para siempre - sabio, filósofo, humilde trabajador, cualquiera que sea aquel a quien el rayo haya tocado -, encarada con su nostalgia de lo más grandioso, de lo más

fuerte, de lo más duradero, de lo Absoluto, cuya presencia y cuya acción sintió un instante en torno a sí. El fulgor que ha espabilado su mirada permanecerá como una luz fijada en el fondo de sus ojos; se estremecerá siempre al sentir el contacto universal. Los demás podrán sonreír de sus vanas ansiedades, de sus extrañas preocupaciones encaminadas a ampliar la conciencia humana más allá de los límites convencionales de la vida práctica. El vidente seguirá su camino con la certidumbre de que muchos comprenderán su lenguaje y que le esperan, - dolidos y disminuidos, porque dentro de ellos gritan aspiraciones secretas y que no son capaces de formulárselas-. He aquí la *palabra liberadora*: no basta al ser Humano, venciendo su egoísmo, vivir *socialmente. Tiene necesidad de vivir* con todo su ser, en unión con el conjunto del Mundo que le sostiene, -*cósmicamente*. Hay una savia o un Espíritu de las cosas más íntima que el alma de los individuos, más vasta que la comunidad humana; hay algo absoluto que nos atrae y que se oculta. Y para contemplar su figura, para responder a su llamada y comprender su sentido, para aprender a vivir más, nos es necesario *zambullimos* en la vasta corriente de las cosas y ver adónde nos llevan sus olas.

CAPÍTULO II
LA COMUNIÓN CON LA TIERRA

A. LA TENTACIÓN DE LA MATERIA

El primer impulso del ser Humano que, habiéndose abierto a la conciencia del Cosmos, ha realizado el ademán de arrojarse en él es el de *dejarse mecer* como un niño por la gran Madre entre cuyos brazos acaba de despertarse. En esta actitud de abandono - simple emoción estética en unos, regla de vida práctica, sistema de pensamiento y aun de religión, en otros- está la raíz común de todos los panteísmos paganos[33].

La revelación esencial del paganismo consiste en que todo en el Universo es uniformemente verdadero y precioso, hasta tal punto que debe llevarse a cabo la fusión del individuo con el todo, *sin distinción y sin corrección*. Todo cuanto actúa, se mueve o

[33] [Estas ideas estarán presentes en "La Misa sobre el Mundo" http://www.bubok.es/libros/238364/LA-MISA-SOBRE-EL-MUNDO-de-Pierre-Teilhard-de-Chardin (nota de L. Sequeiros)]

respira; toda energía física, astral, animada, toda parcela de Fuerza, toda chispa de Vida, es igualmente sagrado; porque en el átomo más humilde y en la estrella más brillante, en el insecto más vil y en la más bella inteligencia, sonríe y se agita *el mismo Absoluto*, el único al que importa adherirse mediante una entrega directa y profunda que penetra y rechaza como apariencias las más sustanciales determinaciones de lo real. Es la misma visión oriental del Loto azul[34]; visión apasionada, ya que gracias a ella queda divinizada cada belleza palpable, pero también visión pesada de la Materia, cuyo fondo oscuro, por aquélla removido, tiende a elevarse para invadir y absorber toda espiritualidad.

[34] [El loto azul se consideró muy importante en la mitología egipcia, ya que se abría con la luz y se cerraba con la oscuridad. Este proceso lo ligaba al sol, como un renacimiento diario. El loto azul, debido a que brota en aguas estancadas, por su forma y colores que simulan el cielo, se identificó (de manera similar a un huevo) con el contenedor original del dios solar Atum, que había surgido del *océano primigenio*. En la cosmogonía de la Ogdóada, se creó el montículo sobre el cual engendraron el huevo del que surgió otro dios solar: Ra. Fue también el símbolo del dios egipcio Nefertum.
Ver: http://es.wikipedia.org/wiki/Nymphaea_caerulea (nota de L. Sequeiros)]

Tal es, en efecto, la singularidad de las concepciones panteístas y paganas, que hace que la equivalencia fundamental introducida por ellas entre todo lo que existe, acabe favoreciendo, -con detrimento de la vida consciente y personal-, los modos de ser incoativos y difusos de las mónadas inferiores. Parecería a primera vista que, a los ojos del pensador naturalista o hindú, *todo se anima*; pero, en realidad, *todo se materializa*. El nacimiento luminoso de las existencias, el paraíso soñado de las almas, *se confunden con su fuente oscura*, con el depósito fundamental del Éter homogéneo y de la vida latente, allí donde cuanto existe debe encontrar su felicidad en venir a perderse después de haber brotado. *La vida se comprende y se comprueba en función de la materia.*

... Un día, puesto de cara a las tristes extensiones del desierto, cuyas planicies escalonaban sus peldaños violetas, hasta perderse de vista, hacia horizontes salvajemente exóticos; ante el mar insondable y vacío cuyas olas, sin tregua, que se movían en su innumerable sonrisa; en medio de la espesura de un bosque cuya sombra, cargada de vida, parecía querer disolverme entre sus profundos y cálidos pliegues, tal vez me ha asaltado un fuerte deseo de ir a encontrar,

puede ser[35], lejos de los humanos, lejos del esfuerzo, la región de las inmensidades que mecen e invaden, allí donde mi actividad, demasiado zarandeada, se iría deteniendo, cada vez más, indefinidamente... Y entonces toda mi sensibilidad se ha alertado, como si estuviera ante la proximidad de un dios de la fácil felicidad y de la embriaguez, porque era la Materia la que allí me llamaba. Como a todos los hijos de los humanos, me repetía entonces a mí la palabra que escucha cada generación: me llamaba para que, dejándome ir hacia ella sin reservas, la adorase.

Y ¿por qué no habría yo, de hecho, de adorarla a ella, a la que aparenta ser Estable, a la Grande, a la Rica, a la Madre, a la Divina? ¿Acaso no es eterna e inmensa a su modo? ¿Acaso nuestra imaginación no se niega a concebir su ausencia, lo mismo en el lejano extremo del espacio que en el retroceso indefinido de los siglos? ¿No es ella la Sustancia única y universal, la fluidez etérea que todas las cosas que se extienden sin disminuirla ni romperla? ¿No es ella, la *Terra Mater*, la generadora absolutamente fecunda, la que contiene las semillas de toda vida y el

[35] Notar esta reserva: "puede ser", como la expresión "es posible", son expresiones de Teilhard que muestran que no solo está haciendo confidencias, sino que en parte son presentaciones literarias – como él mismo reconoce más adelante. [Nota del Editor]

alimento de toda alegría? ¿No es ella a la vez el origen común de los Seres y el único Término que podemos imaginar, la Esencia primitiva e indestructible de donde todo emana y adonde todo vuelve, el punto de partida de todo crecimiento y el límite de toda dispersión? Todos estos distintos atributos que la *filosofía espiritualista*[36] proyecta fuera

[36] [Al referirse a la filosofía espiritualista" se entiende la filosofía del gnosticismo, del espiritismo. Téngase en cuenta que Teilhard en esta época Leyó uno de los libros del filósofo gnóstico francés Edouard Schuré (1841-1929). En una de las últimas cartas enviadas durante la Primera Guerra Mundial desde el frente de guerra a su hermana Marguerite, cartas que quedaron recopiladas en lo que hoy se conoce con el título *"Génesis de un pensamiento"*; Cartas (1914-1919), (pág.296-297) en donde le señala: "El viaje ha sido excelente y lo he pasado meditando en todo lo que hemos dicho y leyendo a Schuré (*Los grandes Iniciados*). La introducción me ha entusiasmado. Por el contrario, *Rama* me parece terriblemente imaginativo y de una ciencia más que superada. Pero como tú has advertido es el alma de Schuré lo interesante, tanto al menos como las de sus iniciados. (*4 de noviembre de 1918*)" Schuré en detalle nos muestra la época en que vivió cada Maestro, las secretas Iniciaciones que el círculo interno. Parece ser que Teilhard leyó *Los grandes iniciados*, (edición española, Editora y Distribuidora Tomo II, México 1996). Hay un párrafo en ese libro que recuerda mucho a Teilhard: He aquí el texto: "La evolución material y la evolución espiritual del mundo son dos movimientos inversos, pero paralelos y concordantes en toda la escala del ser. El uno, sólo por el otro se explica, y, vistos en conjunto, explican el

del Universo, ¿no sería más bien en el polo opuesto, en las profundidades del Mundo, donde se realizan y tienen que ser alcanzados, en el seno de la Materia divina?

No de otra manera, mecidos por la voz que encantó a más de un sabio, dialogaban mi corazón, seducido, y su cómplice, la razón. Era la hora pagana, cuando de las regiones inferiores del Universo asciende el canto de las Sirenas...

Así, pues, es posible que en la seducción de las primeras alegrías y del primer encuentro yo haya dado crédito a los centelleos, a los perfumes, a los espacios libres, a los abismos, y que me haya confiado a la Materia. He querido comprobar si, de

---

mundo. La evolución material representa la manifestación de Dios en la materia por el alma del mundo que la trabaja. La evolución espiritual representa la elaboración de la conciencia en las mónadas individuales y sus tentativas de unirse, a través del ciclo de vidas, con el espíritu divino de que ellas emanan. Ver el universo desde el punto de vista físico, o desde el punto de vista espiritual, no es considerar un objeto diferente, es contemplar el mundo desde los dos extremos opuestos. Desde el punto de vista terrestre, la explicación racional del mundo debe comenzar por la evolución material, puesto que por este lado la vemos; pero haciéndonos ver el trabajo del Espíritu universal en la materia y proseguir el desenvolvimiento de las mónadas individuales, ella conduce insensiblemente al punto de vista espiritual y nos hace pasar del exterior al interior de las cosas, del revés del mundo a su lado profundo.” Nota de L. Sequeiros]

acuerdo con las vastas esperanzas depositadas en mi corazón por el «despertar cósmico», podía, entregándome a aquélla, llegar hasta el corazón de las cosas, encontrar el alma del Mundo a fuerza de perderme en sus abrazos. He intentado con toda mi fogosidad esta experiencia sin desconfianza alguna, incapaz de suponer que la verdad pudiera no coincidir con el encantamiento de los sentidos y el amortiguamiento del dolor. Y he aquí que a medida que me dejaba deslizar, -siempre más-, hacia el centro, cada vez más desplegado y más distendido respecto de la Conciencia inicial, advertía que la luz de la vida se iba oscureciendo en mi interior.

Me sentí, de pronto, menos sociable. Porque la Materia es celosa y no quiere testigos para el que es adepto de sus misterios. El panteísta sufre con el encuentro con los otros humanos, o bien intenta no ver más que sus acciones colectivas, semejantes a las agitaciones de un sistema privado de libertad. *Las personas* (salvo cuando el amor interviene) *se excluyen por su centro*, mientras que el panteísta sueña con no ser más una sola cosa, adecuadamente, con todo lo que le rodea. Se aísla en consecuencia; se embriaga con su aislamiento. Y este síntoma me hizo sospechar en seguida que yo acabaría disminuyéndome. Sin embargo, la soledad tiene sus virtudes vivificantes; después de todo, y a pesar de la lección de los siglos, ¿no

andaba yo acertado al dejar que mi itinerario se alejara de la humanidad entristecedora, pedante, banal? Por tanto, con toda docilidad abrí mi corazón a la sed de estar solo, y para vivir más a mis anchas dirigí mis pasos hacia el desierto.

Pero, de acuerdo con la lógica implacable que encadena las fases de nuestra acción, se descubrió que *una menor sociabilidad en mí preparaba una personalidad también menor*. Quien encuentra demasiado gravoso soportar a su prójimo, ¿no es que está ya fatigado de soportarse a sí mismo? Me sorprendí a mí mismo buscando la manera de disminuir el esfuerzo que todo viviente debe desarrollar para seguir siendo él mismo; me sentía feliz al advertir cómo se reducían mis responsabilidades: percibía en mí hasta el extremo el crecimiento del culto de las pasividades[37]. Puesto que la gran Naturaleza se las ingenia por nosotros; puesto que se encarga ella misma de prever, de dirigir, de escoger, hay que abandonarse a su dirección; tanto para nosotros como para ella, cualquier injerencia de nuestra parte resultaría

[37] [Concepto muy utilizado por Teilhard en *El Medio Divino*. Escribe: "(…) Las pasividades forman la mitad de la existencia humana. Esta expresión significa sencillamente que lo que en nosotros no se realiza es, por definición, sufrido" (*Medio Divino*, pág. 68). Hay pasividades de crecimiento (MD, p. 75) y pasividades de disminución (MD, p. 76). Nota de L. Sequeiros]

una alteración inútil. Y así fue como, de un golpe inesperado, la voz de sortilegio que me atraía para estar lejos de las ciudades, y vivir en medio de los espacios mudos y vírgenes, se traicionó a sí misma. Un día comprendí el sentido de las palabras que me decía a mí mismo y que hacían agrietarse las profundidades mal conocidas de mi ser, a la espera de algún gran y beatificante reposo; caí en la cuenta de que me decía: «Haz un esfuerzo menor».

Y ya, al final de la pendiente por la que me empujaba la gravedad, tan dulce, de la Materia, veía aparecer los cerdos de Epicuro[38]..

[38] [Cuenta la leyenda, que en la antigua Grecia un filósofo llamado Epicuro tenía un puñado de cerdos, a cada cual más guarro y más bruto. Feos, toscos y malolientes, decidieron unir fuerzas para escaparse de su establo y lanzarse a devorar a todas las alimañas de alrededor, incluido su dueño. Los dioses no se atrevieron a enfrentarse a ellos, ya que huelen muy mal, y desde entonces vagan atragantándose de los bocados que arremeten a todo bicho viviente. El número de cerdos va aumentando según arrasan las granjas de los desdichados campesinos, y se teme que puedan llegar a comerse hasta los mismos dioses del olimpo. Alguien podrá detener está orgía de olores, babas y sonidos guturales que atemoriza a todo dios???
http://forum.es.grepolis.com/showthread.php?36057-Cerdos-de-Epicuro. Nota de L. Sequeiros]

Fue entonces cuando la fe en la Vida me salvó.

¡La Vida! ¿A dónde acudiríamos en ciertas horas de extrema turbación sino al último criterio, a la suprema decisión de su logro y de sus caminos? Cuando vacilan todas las certidumbres, balbucean todas las palabras, se vuelven sospechosos todos los principios, ¿a qué última creencia agarrar nuestra existencia interior a la deriva sino a ésta: que existe *un sentido absoluto de crecimiento* al que nuestro deber y nuestra felicidad consisten que nos conformemos y que *la vida camina en ese sentido*, en la dirección más recta?

Sí. Precisamente por haber mirado durante tanto tiempo a la Naturaleza y haber amado tanto su rostro he podido leer sin ambigüedad en su corazón; precisamente por ello, hay para mí una convicción infinitamente dulce y tenaz, profunda y querida: -la más humilde, pero también la más fundamental en todo el edificio de mis certidumbres-: *la Vida no engaña*, ni en su transcurso ni en su Término. Sin duda que ella no nos define intelectualmente ningún Dios, ningún dogma; pero nos muestra el camino por el que vendrán hacia nosotros todos aquellos que no son ni mentiras ni ídolos; nos indica hacia qué región del horizonte es preciso singlar para lograr ver surgir y aumentar la luz. Estoy seguro de ello en virtud de toda mi experiencia

y de toda mi sed de mayor felicidad: hay un más-ser, un mejor-ser *absolutos* que se llaman progreso en la conciencia, la libertad, la moralidad; y tales grados superiores de existencia adquieren consistencia por medio de la concentración, la depuración, el máximo esfuerzo.

De manera que me equivocaba miserablemente, tomaba exactamente la dirección contraria, cuando, cediendo a la tentación de la Materia, relajaba la íntima tensión de mi ser o intentaba extenderme sin límite y sin discernimiento por el Universo. Para crecer en la verdad hay que caminar con la espalda vuelta a la Materia y no trabajar por alcanzarla para fundirse con ella.

En el pasmo primero de mi inmersión en el seno del Universo yo me dejaba deslizar sin resistencia hacia el disfrute perezoso y el Nirvana... Como el buceador que vuelve en sí y domina su inercia, yo debo ahora, con un vigoroso esfuerzo, invertir mi dirección y volver a ascender hacia las zonas superiores. La auténtica llamada del Cosmos es una invitación a venir a participar conscientemente en la gran tarea que se lleva a cabo en su seno: no es dejándose llevar por la corriente de las cosas como llegaremos a unirnos a su alma única, sino luchando con ellas, hacia un Término que ha de venir.

B. HACIA EL SUPERHOMBRE

Primera etapa.

La dominación del Universo.-Renunciar a dejarse zarandear y disociar voluptuosamente por los determinismos del Universo no equivale al cese, -bajo todos los aspectos-, de confiarse a la Materia o de creer que al apretarla se abrace la entidad cósmica por excelencia. Para el ser Humano que ha resuelto poner la felicidad y el interés de su vida en la cooperación a la tarea esencial proseguida en el Universo por el alumbramiento de algo absoluto, la Materia puede continuar, continúa hasta el fin, en el primer plano de las aspiraciones y de las esperanzas.

Pero entonces, su fisonomía aparece como muy diferente de la que le atribuía la filosofía de la menor conciencia y del menor esfuerzo. La Materia deja de presentarse como la divinidad encantadora y lasciva entre cuyos brazos la actividad humana se siente como poseída por un ensueño: cerrar los ojos, dejarse llevar. He aquí que su aspecto se viriliza y se endurece, mientras que sobre su frente aparece la señal de la Esfinge[39]. Su

---

39

[http://www.misabueso.com/esoterica/suenos/suenos_esfinge.html Las esfinges son bestias mitológicas que

belleza sigue siendo cautivadora, su seno sigue siendo fecundo; pero dentro de ella, la Amante, dominadora y lisonjera, deja su puesto al Enigma inquietante, a la Fuerza provocadora. La Materia se convierte ahora en la amada misteriosa, obtenida a fuerza de

---

suelen tener el cuerpo de un león y cabeza humana. En Egipto las esfinges eran símbolo de realeza, poder y la vida después de la muerte, mientras que en Grecia, donde a parte de sus características más representativas también gozaba de alas, era la representación de la muerte, la destrucción y la mala suerte. En sueños, es recomendable establecer la diferencia entre una y otra, así podremos realizar una mejor interpretación. La esfinge egipcia en sueños representa el balance entre nuestros instintos y la racionalidad. Soñar con esfinges es señal de que nos encontramos en desventaja frente a algunos rivales que son más astutos que nosotros, por lo cual es preciso prepararnos mejor intelectualmente para poder competir en el campo profesional en igualdad de condiciones. Soñar que somos esfinges es una clara invitación de nuestro subconsciente para lograr el equilibrio entre los aspectos instintivos y racionales de nuestra vida. Es posible que exista la tendencia a actuar de forma impulsiva, los que nos puede ocasionar diversos inconvenientes a nivel afectivo y profesional. Soñar con una esfinge griega es presagio de problemas a nivel financiero, pérdidas y deterioro de la salud. L. Sequeiros]

lucha, como una presa. Y para poseerla no es al silencio adormecido y al espacio salvaje a donde hay que dirigirse, sino a los laboratorios ardientes de la Naturaleza o del artificio humano.

Inclinado sobre los crisoles o sobre el microscopio, el ser Humano despertado al esfuerzo advierte bajo una luz intensa la significación y el valor posible de la parcela de inteligencia y de actividad de que se beneficia; su papel consiste en llevar a término la evolución cósmica, haciendo fermentar, hasta que lleguen a realizarse sus últimas promesas, las energías inagotables en cuyo seno ha nacido inmerso. ¿Quién podría decir el número de gérmenes que dormitan, la riqueza de las potencialidades que se guarecen dentro de la materia? El objeto más apagado y más inerte, si se le trata mediante el adecuado excitante, si se coloca en su presencia la especie de complemento y de contacto que requiere y espera, es susceptible de explotar en efectos irresistibles o de transmutarse en una naturaleza prodigiosamente activa.

Como resultado de encuentros naturales o de un trabajo instintivo y latente, una parte de las aptitudes cósmicas se ha realizado ya, dando lugar al mundo que conocemos, con sus sustancias particulares y sus rasgos de vida. Pero ¿cuántas otras virtualidades quedan por descubrir para perfeccionar y

transformar la figura actual de las cosas? Durante demasiado tiempo, para ponerse a salvo y elevarse, la humanidad se ha limitado al empirismo dócil y a la resignación paciente. Ha llegado el momento de dominar a la Naturaleza, de hacerla hablar, de adueñarse de ella, de inaugurar una nueva fase, en el curso de la cual la inteligencia, brotada del Universo, se volverá sobre él para corregirle, para renovarle, para hacerle entregar hasta el límite cuanto puede proporcionar, en su fracción consciente, de crecimiento en la alegría y en la actividad.

¿Cuál es el término prometido a tantos esfuerzos? Todavía de una manera confusa, pero con el orgullo de los descubrimientos que le han permitido multiplicar su poder, metamorfosear los cuerpos, vencer metódicamente las enfermedades, el sabio entrevé una era nueva de sufrimientos eficazmente suavizados, de bienestar asegurado y, quién sabe, tal vez de rejuvenecimiento o -incluso de desarrollo artificial de los órganos. Es peligroso provocar a la Ciencia y asignarle un límite a sus resultados; porque las secretas energías que evoca desde las tinieblas son insondables. ¿Por qué no habría de poderse llegar a un cultivo del mismo cerebro, a una

intensificación a voluntad de la capacidad y de la agudeza del pensamiento?[40]

Sostenido por la esperanza inmensa de elevarse indefinidamente, de conquistar su propia felicidad, y tomando un punto de apoyo sobre la Materia, el ser Humano, con un fervor renovado, se entrega al estudio apasionado de los poderes del Universo y se absorbe en la búsqueda del gran Secreto; su faena austera queda envuelta en los reflejos místicos que iluminaron el rostro ansioso de los alquimistas, que aureolaron la frente de los magos, que divinizaron el ademán de Prometeo, y que ante cada nueva propiedad que se manifiesta a sus ojos -como un nuevo día abierto sobre la Tierra prometida-, el sabio está a punto de arrodillarse, como ante la revelación de un atributo divino…

Segunda etapa.

La segregación de la humanidad[41].- El ser humano, en el esfuerzo y por el esfuerzo

[40] Si bien el padre Teilhard ha llegado en esta época a la idea de que el ser Humano está encargado de proseguir consciente y voluntariamente la marcha de la evolución, sin embargo no había advertido el propósito de esta continuación, su concepto final de la centración de la noosfera. Cfr. *El fenómeno Humano*, 4ª parte. La Sobrevida. Nota del Editor.

[41] [La palabra "segregación" tiene en Teilhard un significado especial. Es un término del que hace un uso

mismo que desarrolla para adueñarse de la Materia y explotarla, está afirmando su trascendencia relativa, su superioridad sobre el resto de las Cosas. El ser humano se separa de la confusa turbamulta de las mónadas; aprende a interesarse por sí mismo, a considerarse mejor, a concentrar sobre su ser y sus progresos en el amor y en el interés que había dejado que se extendiera con excesiva uniformidad sobre el conjunto del Universo. Y de esta forma el ser humano, después de haber reconocido en sus tentativas por vivir cósmicamente un error –como es la exageración en el culto de las pasividades, hasta el extremo de la obediencia al menor esfuerzo-, ya vislumbra una nueva corrección a la que someter su inicial actitud panteísta. Vislumbra que la

---

geológico y biológico, y por extensión, espiritual. En el plano científico –según Cuénot – designa un proceso de separación respecto de un todo. En el plano ontológico y religioso designa el proceso mediante el cual uno o varios elementos dejan de participar en el movimiento de unión que constituye lo real, y por lo mismo tienden a la nada. Así escribe: "El movimiento que agrega el Universo a Cristo es en realidad una segregación. Una parte de Materia mala, definitivamente eliminada, formará el desecho irreductible de la operación salvífica universal" ("Los nombres de la Materia" (1919). *Escritos del tiempo de guerra.* p. 449). L. Sequeiros]

verdadera manera de unirse a la Totalidad, no consiste en prodigarse y entregarse igualmente a todos, sino en dirigirse con todo el propio peso, con todas las fuerzas, al punto privilegiado en que gravita y converge el esfuerzo universal. La ley esencial del desarrollo cósmico no es la fusión igualitaria de todos los seres, sino la *segregación mediante la cual una élite brota*. Y, dentro de la especie, este fruto deseable que todo contribuyó a elaborar y en el que todo se resume y se acaba, en el que todo goza y se exalta, es la Humanidad.

Poco importa que ante la mirada del historiador de los orígenes no aparezca inmediatamente el ser humano como digno de una fortuna tan egregia. ¡Tanto peor es si son humildes y sinuosos los caminos de la aparición de la humanidad y de su evolución orgánica, hasta el punto de que mucho más que un ser predestinado parece ser un vulgar advenedizo, que ha sido llevado por el azar hasta el logro biológico, en el que muchos otros *phyla*, tan interesantes como el suyo, se han marchitado o replegado antes de llegar! La importancia cósmica de un ser vivo no se halla forzosamente ligada a su posición más o menos axial en el árbol evolutivo de los crecimientos naturales[42]. A pesar de todo lo

[42] Los estudios paleontológicos realizados con posterioridad llevaron a Teilhard a la convicción del

que la ciencia puede advertir de fortuito en nuestra suerte, y a pesar de ocupar una posición lateral en medio del grupo de los vivientes, nosotros los humanos representamos la parte del Mundo que se ha logrado, aquella hacia la que refluye, *como hacia la abertura practicada al final*, toda la savia y todos los cuidados de la Evolución que se puede conocer. Somos nosotros, sin duda alguna, quienes constituimos la parte activa del Universo, la yema en que la vida se concentra y trabaja, el germen en que se cobija la flor de todas las esperanzas. Es, por tanto, hacia la humanidad hacia donde, -

---

carácter axial del ser Humano en el árbol de la Vida. Ver, por ejemplo, *El fenómeno Humano* (1930), página 252. [Y más claramente expone su punto de vista en "Las singularidades de la especie humana" (escrito en Nueva York en marzo de 1954, y publicado posteriormente en *Annales de Paléontologie,* tomo XLI, 1955; reproducido en *La Aparición del Hombre,* Taurus, 1967, pág. 261-340, al que se añade un Apéndice inédito. Expone Teilhard: "En virtud de la "ley de complejidad-conciencia", que nos ha venido guiando hasta aquí, puede decirse que en todo corpúsculo existen *dos niveles de operación;* el uno (llamémosle *tangencial*) liga físico-químicamente el corpúsculo considerado, es decir, por vía de complejidad, a todos los demás corpúsculos del Universo; el otro (llamémosle *radical o axial*) va directamente de conciencia a conciencia, y, a la altura de lo Humano, se manifiesta por los diversos fenómenos psicológicos de unanimidad y de correflexión ya antes mencionados" (página 329). Nota de L. Sequeiros]

sobreponiéndose a su repugnancia por los contactos de lo vulgar, como la promiscuidad y la servidumbre de las ciudades, y el humo de las fábricas,- debe el iniciado, - si es que ha de permanecer fiel a la llamada cósmica, con toda su alma, - volverse hacia el Objeto donde, más aún que en su propio ser, deberá encontrarse y amarse a sí mismo.

Por otra parte, gracias al control sobre la Materia que se esforzaba por conseguir, el ser Humano de laboratorio y de la industria concurría ya muy eficazmente, como hemos visto, al prolongamiento y al éxito del devenir cósmico, tal y como lo canaliza la Estirpe humana. Pero otros factores, absolutamente diferentes, mucho más directamente apropiados a las exigencias especiales de los nuevos desarrollos, deben a su vez ser discernidos y utilizados: son los de orden social y moral.

Socialmente hablando, la mónada humana se presenta a la observación, tanto exterior como íntima, como una especie de molécula o de célula, esencialmente destinada a integrarse en un edificio u organismo superior. No sólo es indispensable para su constitución el alimento de las percepciones y asimilaciones materiales, sino que para su entera expansión se requiere el complemento de otras mónadas semejantes a ella. No puede ser absolutamente ella misma más que dejando de hallarse sola. De la misma manera

que las moléculas, cuyo acercamiento hace brotar propiedades adormecidas, los seres humanos, mediante su encuentro, se fecundan, se perfeccionan, y la asociación imprescindible para la multiplicación de su raza *no es más que el esbozo inferior y muy pobre de los desarrollos que engendra el comercio de sus almas*. Como las células a las que corresponden en el cuerpo, sitios y funciones particulares, en medio de la sociedad se dibujan también, se distribuyen, se apoyan mutuamente, las aptitudes individuales. Así como resulta pueril exagerar las analogías orgánicas que presentan las agrupaciones sociales, también sería superficial no advertir en ellas más que lo arbitrario y lo contingente. Las relaciones humanas, *sin llegar a ser una red tan apretada y unificada como para que pueda implantarse en ella un alma real que le haga una unidad*, representan un trabajo «natural», esencial, cósmico, un eslabón necesario en la serie de los perfeccionamientos del Universo. Cooperar a su establecimiento representa algo más que una ocupación superficial, de distracción o de lujo: equivale verdaderamente a aportar el propio esfuerzo a la obra fundamental con vistas a la que, desde el origen, se mueve el Universo: el promover los desarrollos posteriores de la Vida.

En lo que es posible conjeturar, estos desarrollos esperados son sobre todo de

orden intelectual y moral. Se tiene la impresión de que, *absorbida largo tiempo la Vida en la tarea de la construcción de los organismos, sólo ahora comienza a disponerse interiormente,* a concentrar su atención y sus cuidados en los progresos y el embellecimiento de la conciencia, puesta por fin a punto. La *Evolución se continúa actualmente, mucho más que por transformaciones orgánicas, por perfeccionamientos de orden psicológico*. Es el mismo esfuerzo ontológico que se prolonga, pero en una nueva fase, sobre un nuevo nivel. ¿Cuáles son las relaciones físicas, directas, que se anudan, en profundidad, entre las almas, que hacen a todas solidarias de los progresos entitativos alcanzados por una de ellas? ¿En virtud de qué reacciones, - que se transmiten del espíritu a la materia -, los progresos en la claridad interior y en la recta voluntad refluyen sobre el ser entero y la especie en su totalidad para acabarlos y perfeccionarlos orgánicamente? ¿Qué *nuevo estado de la existencia* llegarán a crear un día el cultivo de las propiedades del alma y la armonización de las energías sociales? - La explicitación de estas cuestiones y de las hipótesis que implican resulta casi absurda. Como ocurre con las tentativas que llevamos a cabo para atribuir una figura a los orígenes primordiales de la Vida o de la humanidad, el intento de dar un cuerpo preciso a las

aspiraciones concernientes a la última floración de nuestra raza bastaría para ridiculizarlas. Pero no habría ninguna prueba menos convincente de que se equivocan en sus presentimientos.

De hecho son numerosos los fieles *de la fe en el progreso humano*. Puede uno burlarse de su candor, oponerles el espectáculo desconcertante de las luchas y maldades humanas. Seguirán obstinados en su esperanza. Aceptar que la humanidad va a la deriva y aborta, admitir que no subsiste en ella ninguna Promesa, ¿no equivaldría esto a renunciar a la percepción de algo absoluto en el Universo, a reconocer que el Cosmos se halla vacío, su llamada es engañosa, la Vida impotente y falaz? No. Una trampa de esa especie no es conciliable con las certezas más profundas del ser. Bajo el esfuerzo combinado de la ciencia, de la moralidad, de la asociación, se está formando una Superhumanidad, cuya fisonomía, tal vez, tendrá que ser buscada por el lado del Espíritu.

Tercera etapa.

La liberación del Espíritu.-A medida que el ser Humano se eleva en la conciencia de su valor personal y del aprecio hacia las agrupaciones sociales en que se integra, va cesando en el deseo de poner sus complacencias en la Materia. En el primer

instante de su despertar cósmico, no tenía ojos ni manos más que para los tesoros inmediatos y consistentes que se pueden palpar con la Tierra. Ahora que su atención se siente atraída y su ambición concentrada, el despertar cósmico lleva al ser Humano hacia el lugar privilegiado a donde una misteriosa y laboriosa segregación (obra combinada de la Naturaleza y de su propia industria) comienza a desdeñar el objeto primero de su pasión cósmica. La Materia ha dejado de ser, para su espíritu y para su corazón, la reina de todas las promesas. Tiende a no ver en ella más que un obstáculo, una tara, una cáscara que se tira al camino. ¿Y por qué? Porque la Materia es oscura, pesada, pasiva, dolorosa, nociva, mientras que el Progreso se aventura hacia la luz, la espontaneidad, la libertad, la felicidad, la purificación del ser. El sentido y el interés por el Trabajo del Mundo consisten quizás en espiritualizar a la Materia, o, si ésta se muestra como incapaz de tal transformación, en eliminarla. He aquí la idea nueva que, poco a poco, se alumbra en el alma noble y fiel, la seduce y acaba por fascinarla.

Con el apoyo de una esperanza tan deslumbrante, se pueden ante todo invocar ciertas consideraciones de orden experimental, que permiten creer que la reducción del Espíritu a la Materia (y en consecuencia el paso del uno al otro, y a la

inversa), no es imposible, sino que más bien se halla en trance de continua realización. Toda actividad, por el hecho de estar en acción, queda incrustada en mecanismos que facilitan la ejecución de los actos posteriores, pero que al mismo tiempo reducen y lastran su espontaneidad. La acción más consciente se carga enseguida de hábito; el hábito pasa del psiquismo a los reflejos «adquiridos»; y ciertos reflejos adquiridos, quizás, pasan a su vez al conjunto de propiedades hereditarias que las generaciones se trasmiten unas a otras. El instinto automático de los insectos, por ejemplo, tan maravillosamente ciego y preciso, parece no ser otra cosa que el residuo de antiguas espontaneidades, en otro tiempo exuberantes y variadas, pero después de siglos, canalizadas por los caminos más afortunados y fáciles; en este grupo de vivientes, la «libertad» primitiva se ha cargado hasta tal extremo de reflejos orgánicos, que casi ha desaparecido, cediendo el puesto a un grupo de «tropismos». Todo lo que hay de pasivo y de «material» en la Materia, a saber, sus relaciones, sus determinismos, su inercia, su inconsciencia, ¿no sería el resultado de una transformación secundaria análoga, de una «seudomorfosis» en servidumbres y en rutinas de la espontaneidad primordial, presente en todo? Uno siente la tentación de creerlo así, sobre todo si se observa que a la materialización por el hábito puede añadirse,

para agravarla, la materialización por el número.

Porque esto es también un hecho de experiencia cotidiana e íntima: sólo en virtud del gran número, acaba por desarrollarse en el seno de las colectividades una inercia especial; ciertas constancias, ciertas leyes nacen entonces y son capaces de dar a una suma suficientemente grande de libertades la apariencia global de un sistema de determinismos. No hay nada que sea tan difícil de remover, nada es tan lento en hacerlo evolucionar y tan arduo si hay que refrenarla, como una muchedumbre. La pluralidad arroja un velo inanimado sobre los individuos que agrupa; hace que su conjunto adquiera el cariz de la Materia. Por debajo de nosotros, la fijeza y regularidad de las leyes físicas no tienen soporte más seguro que la multitud misma de los efectos elementales que sintetizan nuestras percepciones. Y, por encima de nosotros, - así lo experimentamos-, las grandes colectividades cuyos átomos representamos nosotros (la raza, la patria, etc.), nos bloquean y nos dominan por medio de corrientes superiores, - nacidas sin duda de la confluencia de nuestros movimientos y nuestras pasiones-, pero cuyo control se nos escapa porque emanan de un centro mucho más vasto que nosotros.

Como un poso lentamente concrecionado entre los pliegues de nuestra

alma, o como un bloque cimentado por la cohesión de nuestras individualidades, la Materia tiende continuamente a ganar terreno en nosotros y a cambiar de forma por encima de nuestras cabezas. La prueba está en que por un esfuerzo contrario podemos hacerla retroceder, hacerla ganar terreno sobre lo inconsciente y lo fatal, y (¿quién sabe?) podemos reanimarlo todo.

Los pensadores idealistas vienen a entusiasmarnos con esta tentativa fantástica. La Materia, - nos enseñan -, allí donde una filosofía grosera querría encontrar el soporte y la trama de todo lo que existe, no es capaz de subsistir por sí misma. Porque no es más que transiencia[43] y multiplicidad, mientras que el ser consiste, esencialmente, en inmanencia y en unidad. La clave de bóveda del Universo, el centro de todas las relaciones sin el cual el Mundo se hunde, se disemina, se desvanece, es la mónada intelectual, la única que subsiste en su perfecta simplicidad. Sin duda que la Historia nos muestra también que hay una marcha en sentido inverso: que lo menos consciente ha precedido, -en el desarrollo fenoménico del tiempo-, a la aparición de lo más consciente... Pero este orden no representa más que una perspectiva subjetiva, un desarrollo que se muestra relativo a

[43] [Ver la nota más arriba en que hablamos de este término. L. Sequeiros]

nuestra particular posición, relativo a las condiciones ontológicas de nuestro ser: nosotros nos prolongamos, en el pasado, en series filéticas[44], como el continuo que se desagrega en átomos en el espacio, como la libertad que se descompone en determinismos o en la intuición en procesos logísticos. No nos dejemos engañar por ilusiones analíticas. He aquí la verdad sobre la constitución de las cosas: *Todo lo que existe se basa en el pensamiento, no en el Éter*. En buena lógica, por tanto, la conciencia tiene que poderse avivar por todas partes… porque en todas partes, adormecida o anquilosada, es ella la que cuenta.

Y así, cuando las decisiones del pensamiento vienen a añadirse a las insinuaciones de la experiencia, entrevemos cada vez con más claridad, como posible, la *espiritualización del Universo*. Por medio de un adiestramiento mental *sui generis*, combinado con una mejor organización de las relaciones entre mónadas, el individuo puede colaborar a conseguir que la conciencia y la agilidad refluyan en la multitud atómica y en la multitud humana, en la Materia inorgánica y viviente y en la Materia social. Tal es la tarea

[44] [Aludiendo a un concepto muy querido por los filósofos de la biología: las líneas filéticas, los linajes, la representación gráfica de las series de descendencia evolutiva. L. Sequeiros]

cósmica, - que conduce a la Humanidad a la liberación y a la felicidad.

¿Cuándo reinará por todas partes la armonía final, después de haber suprimido los choques y los desgarros, después de haber corregido las propensiones nefastas y los contactos prohibidos, llevando al fondo de todas las cosas la luz? Entonces ni el dolor, ni la maldad, ni las tinieblas, desfigurarán ya el Cosmos regenerado. Todo lo que había venido siendo embrutecimiento secundario, relaciones falsas o culpables, todo el mal físico y moral, toda la parte mala del Mundo, habrán desaparecido; el resto habrá florecido de nuevo, el Espíritu habrá absorbido la Materia.

Cuarta etapa

La Paz que el Mundo da. -Llegado a este punto supremo de depuración de sus perspectivas y de expansión de sus anhelos, el ser Humano se detiene, y se vuelve sobre sí mismo. Debido al cansancio de su inestabilidad y de su pequeñez, ha abandonado su morada para correr en busca del Elemento absoluto y adorable del Universo. Ahora que ha encontrado un sentido a la Vida; ahora que ha descubierto la Divinidad a cuyo honor su ser ardía oscuramente por consagrarse, enriquecido con sus descubrimientos, el ser Humano vuelve a entrar en el secreto refugio de su

corazón y mira. - ¿Se ha renovado por fin su corazón envejecido y hastiado? ¿Se ha completado y saciado su corazón ávido? ¿Está apaciguado su inquieto corazón? ¿Qué es lo que ha cambiado en el ser Humano que ha abierto su ser interior a las preocupaciones, a la conciencia del Cosmos?

Este ser Humano observa ante todo que el nivel del egoísmo ha descendido dentro de él; no que haya dejado de amarse a sí mismo (lo que sería absurdo) o que se ame menos (lo que sería nefasto), sino que se ama de otra manera y mejor. Desde que ha visto pulular las muchedumbres y moverse la corriente cósmica, las pequeñas ventajas de su persona han dejado de parecerle el asunto capital del Universo y de interesarle por encima de todo. Ya no se cree solo en el mundo, ahora, para disfrutar y para desarrollarse. A su alrededor, una legión de otros tienen sus derechos a triunfar y a ser dichosos. Los ve luchar a su lado; y dominando infinitamente todas las empresas privadas, discierne la elaboración de una tarea inmensa que requiere toda su buena voluntad y que le apasiona. Ha desplazado el eje de su vida hacia fuera de sí mismo (sin metáfora); es como si se hubiera descentrado; ya no es a sí mismo en cierta manera a quien ama dentro de sí, sino a la Cosa inmensa de la que es una parcela constitutiva y un elemento activo, la Diosa inmanente del Mundo que apoya

sobre él, momentáneamente, su pie, para ascender, gracias a su ayuda, todavía un poco más arriba.

Desde entonces la pereza y la negligencia le han abandonado para dejar sitio al gusto ardiente de la búsqueda y a la inquietud sana y áspera del progreso. *"Grandis labor instat*[45]*"*. No hay tiempo que perder ni ocasión que desaprovechar. Por ínfima que sea, una parte del éxito final de la Vida depende de mi diligencia en escrutar el Mundo y perfeccionarla en mi interior. La conciencia de este quehacer me aguijonea, y al mismo tiempo me consuela de la conciencia de mi pequeñez y mi oscuridad.

Hasta este momento, la insignificancia de mi vida y el desdén de los humanos me desconcertaban. Todavía hace muy poco, ser desconocido o menospreciado me parecía una decepción intolerable, y el miedo que conlleva paralizaba mi acción. Ahora, cuando ante mi espíritu se ha manifestado la verdadera medida de las cosas, me encuentro liberado. ¿Por qué inquietarme por averiguar, antes de actuar, si mi esfuerzo será advertido o apreciado? ¿Por qué alimentar mi gusto por la acción con la vana esperanza del brillo y de

[45] ["Llamado a una gran tarea". Parece que alude a un texto de la Eneida de Virgilio, libro 4, 105-118. La Eneida es una epopeya destinada a glorificar al emperador Augusto. L. Sequeiros]

la popularidad? La única recompensa que desde ahora ambiciono para mi esfuerzo es la de pensar que resulta útil para el progreso esencial y perdurable del Universo. Pues bien, si tengo fe en la Vida, es que creo que el Mundo registra cuanto se hace en él de bueno y de útil; que distingue y asimila cualquier movimiento y cualquier impulso, si son aptos para componerse con su óptimo Devenir. Mi vida puede ser ignorada, monótona, banal, fastidiosa, pérdida a los ojos de todos. Yo cumpliré con mis obligaciones con la conciencia de estar colaborando eficazmente con la evolución absoluta del Ser. Como humildísimo átomo, cumpliré la función imperceptible de un corazón tan vasto como el Universo.

E incluso ante el mismo sufrimiento, encontraré, en mi visión del Cosmos, una razón para permanecer impasible...

Inexplicable y odioso si se le observa aisladamente, el dolor adquiere efectivamente una figura y una sonrisa en cuanto se le restituye su puesto y su papel cósmico. Es el dolor quien, al incitar a los seres a reaccionar contra las condiciones desfavorables para su expansión, los fuerza a abandonar los caminos equivocados, los incita a un trabajo fecundo, les impulsa a armonizarse y conformarse los unos con los otros, de manera que eviten los choques hirientes y las usurpaciones que nos disminuyen. Es también

el dolor quien, privándole al ser Humano de las delicias inferiores, le constriñe a buscar su alegría en consideraciones y objetos «que ni el moho ni los gusanos corroen», hace que su alma refluya hacia la región superior del ser, y mantiene la presión vital en continuo trabajo contra los límites actuales de su desarrollo. Es el dolor, en fin, quien castiga y hace expiar, automáticamente, las infracciones a las reglas de la Vida. El sufrimiento excita, espiritualiza, purifica. En sentido inverso y complementario del apetito de felicidad, el dolor es la sangre misma de la Evolución. Puesto que por su medio es el Cosmos lo que se despierta en nosotros, lo veré venir sin turbación y sin temor.

Y esta es la paz que el Mundo da. *La tarea de promover la responsabilidad y la alegría de un gran interés palpable han transfigurado mi vida...*

Quinta etapa

La queja del alma.- Pero he aquí que en el mismo momento en que me congratulaba de haber encontrado por fin una base inquebrantable de impasibilidad, un último fin que habría de calmar y polarizar todas mis inquietas aspiraciones, he escuchado una queja prolongada que se elevaba dentro de mí, el llanto de mi alma sacrificada, que lloraba las esperanzas que había puesto en sí misma y que ya no existen.

En la religión de esta Evolución divinizada, la persona no cuenta para nada. Como un remolino fugitivo pronto desvanecido en la corriente total, como buril cuidadosamente afilado, pero rechazado en cuanto se embota, el individuo carece de importancia y de porvenir fuera de su relación con el progreso general. No puede considerarse a sí mismo más que como un valor efímero; y el amor que sustrae para su uso y felicidad personales es una especie de disipación de la Energía principal. A trueque de encontrar lo Absoluto sobre la Tierra, el alma ha tenido que renunciar a todo lo que constituía el honor y la dulzura de su vida. Y esta palabra es tan dura que, según la experiencia, cuando llega la hora de soportar el peso de un sacrificio real, nadie es capaz de escucharla.

¡Que no haya de subsistir nada, o casi nada, de *este templo* precioso que yo, durante toda una vida, habré estado, amorosamente, construyendo y embelleciendo en mí! De toda mi solicitud por mi perfección, de mi afinamiento por la belleza; de toda la pureza y de la delicadeza exquisitas que me seducen y me encantan en los que yo amo, ¡que nada haya de quedar para mí, que nada haya de salvarse para ellos! Perdidos en la masa oscura de nuestra generación, como olas lanzadas a su vez unas detrás de las otras al asalto de la super-humanidad, ¡habremos de

sucumbir sin otro consuelo que el caer por los otros, sin ver ningún resultado, sin hallamos siquiera seguros de que exista un resultado que se está preparando infaliblemente! ¿Es realmente posible un tal pisoteo de cuanto hay de más vibrante y de más tierno en el mundo, del corazón humano?

Si por lo menos *todo* mi esfuerzo fuera compensado, si todo mi sufrimiento comprendido o fecundo, si todos los perfeccionamientos nacidos de mi trabajo fijados y transmitidos, podría tal vez consolarme. En esa huella perdurable de mi paso, en que quedaría retenida y eternizada toda la valía utilizable de mi vida, yo me sobreviviría con lo mejor de mí mismo. Pero por desgracia, dígase lo que se quiera, bien poco de lo que piensa, sabe, quiere y vale un ser Humano llega a exteriorizarse, y mucho menos todavía de lo que pueda ser buen grano que cae en tierra buena. Está lo que se menosprecia, lo que se desecha, lo que fracasa. Muchos esfuerzos se pierden, muchos sufrimientos resultan absolutamente estériles. Si no cuento más que con el Cosmos para salvar mi tesoro, mi desilusión será profunda: porque es inmenso lo que se desperdicia e ínfimo el rendimiento.

¿Qué es, por otra parte, lo que de mí mismo puede exteriorizarse? Ni el perfume ni los colores son la flor; y es la flor, lo sé muy bien, lo que en mí es precioso. Poco a poco la

he visto brotar en el fondo de mí mismo, esta *flor misteriosa de mi personalidad incomunicable*; la he amado, apasionadamente, ponía todos mis cuidados en protegerla y embellecerla; y más aún, yo adivinaba *todo lo que había en ella de más grande que yo* y de anterior a mí. Y ahora estoy viendo cómo se condena a esta mónada tan querida a deshacerse, a perder las inefables y encantadoras determinaciones de su individualidad, a desaparecer, casi sin dejar residuo, inmolada hasta la aniquilación, a una Divinidad hipotética y sin rostro.

¡Oh, si yo pudiera encontrar la seguridad de que un poco de lo Absoluto que circula momentáneamente por mi ser, va a quedar retenido, va a fijarse y a guardarme para la vida eterna!... Los profetas del panteísmo se han levantado para prometerme, en nombre de una extraordinaria metempsicosis[46], la preexistencia de mi alma a través de las combinaciones de! Universo... Pero no me han hablado más que de la prexistencia, de la sobrevida, de una mónada que se ignora de una a otra de sus fases. Pero es precisamente el hilo de mi persona consciente, de mi

[46] [La Metempsicosis o metempsícosis es una antigua doctrina filosófica griega basada en la idea tradicional de la constitución triple del ser humano que afirma el traspaso de ciertos elementos psíquicos de un cuerpo a otro después de la muerte. L. Sequeiros]

memoria enriquecida, de mi pensamiento iluminado, lo que yo quiero ver prolongarse, intacto, para siempre…

Que descienda, por tanto, del Cielo, si es que no puede ser escuchada en la Tierra, la palabra que, sintetizando los ardores del alma y las exigencias del Cosmos, habrá de revelarnos por qué misteriosa organización de los extremos pueden las aspiraciones individuales consumarse en la realización del todo.

CAPÍTULO III
LA COMUNIÓN CON DIOS

A. EL MUNDO DE LAS ALMAS

La dulzura soberana del Cristianismo consiste en ser por encima de todo una religión de personas, la religión de las almas. Mientras que, para dar con una Divinidad estable y permanente, los devotos de la Tierra no pueden volverse más que hacia un Devenir, o una colectividad, o algún término inferior y simplicísimo de la Materia, el cristiano cree hallarse en posesión de una sustancia inmortal, un fruto duradero hacia el que se mueve todo en el Universo, y todo se propaga. El desenlace esperado del Mundo no es una Superhumanidad problemática y lejana: incesantemente, en cada una de las almas que nacen del Cosmos, crecen, y luego levantan el vuelo, este realiza la mejor de sus esperanzas. El Cosmos no es más que un tronco pasajero y marchitable: todo lo que él puede alojar de Absoluto son las almas quienes lo cosechan, lo fijan, y luego lo trasladan, cuando la muerte las arranca, como frutos maduros; las almas, para las que nada hay de demasiado bello ni de demasiado precioso en el cielo y sobre la tierra; las almas,

quintaesencia de las perfecciones elaboradas por la Vida natural y asiento de los inefables agrandamientos operados por la santificación.

Así habla la voz cristiana, y cualquiera creería que al escuchar una alegría purísima habría de invadir y subyugar mi corazón. Pero he aquí que de buenas a primeras, una gran desconfianza viene a mezclarse al apaciguamiento por la promesa de la inmortalidad. He saboreado con exceso la alegría de dilatar mi ser a la medida de cuanto existe, para poder, sin más ni más, confinarme en mí mismo; he experimentado demasiado el estremecimiento en mi alma de la universalidad para poder luego aceptar una felicidad que me aísle. ¿Es que las promesas cristianas no arruinan las esperanzas cósmicas? ¿Acaso el primado de la mónada no aja y no extingue los encantos misteriosos de la Pléyade? ¿Es que para alcanzar la dicha de creernos Alguna Cosa, no debemos renunciar a la violenta embriaguez de sentirnos envueltos, atravesados, arrastrados, por Otra Cosa, más vasta y más importante que nosotros?

Tranquilicémonos: este temor es vano. Todo lo que el corazón humano abriga de grandes y sanas ambiciones, en este caso como en otros, la Revelación lo respeta y lo sacia con creces. No, a los ojos del creyente consciente, las almas ni se forman en el Mundo, ni lo abandonan, como si fueran

centros discontinuos y autónomos. Más y mejor que en cualquier sueño panteísta humano, las mónadas santas son los átomos que baña, alimenta y transporta una misma insondable y primitiva sustancia, los elementos que agrupan y especializan; con vistas a la constitución de una Unidad superior, una red de íntimas relaciones. *Siendo una religión supremamente individualista, el Cristianismo sigue siendo esencialmente una religión cósmica*: porque, al término de los trabajos de la Creación y del apostolado, lo que nos descubre no es solamente una cosecha de almas, es un *Mundo de almas*.

Contemplémosle.

La sustancia fundamental en cuyo seno se perfilan las almas, el medio superior en que evolucionan, su Éter especial (si así puede decirse), no son otra cosa que la trascendente y no obstante inmanente Divinidad "*in qua vivimus et movemus et sumus*"[47]. Incapaz de mezclarse y confundirse en absoluto con el ser participado, que sostiene, anima, integra, Dios se halla en el nacimiento, en el crecimiento, en el final de todas las cosas.

[47] [Alusión al discurso de San Pablo en el Areópago de Atenas, tal como lo describen los Hechos de los Apóstoles: "en Él nos movemos, existimos y somos" (Hechos 17, 28). L. Sequeiros]

Todo vive y se eleva, en consecuencia todo es uno, en Él y por Él.

Para celebrar el entusiasmo de esta unión y de esta unificación, al corazón y a los labios les están permitidos los términos más apasionados del panteísmo y hasta el éxtasis; además, ya que la Cosa universal de la que todo emana y a la que todo vuelve, no es lo Impersonal, lo Incognoscible y lo Inconsciente, donde el individuo se diluye y se pierde al fundirse, sino por el contrario, un *Ser viviente que ama, en quien las conciencias, cuando se pierden, acaban de acentuarse y de iluminarse hasta las últimas posibilidades de su personalidad*. Vasto y envolvente como la Materia, pero cálido e íntimo como un alma, Dios es el Centro por doquier extendido, cuya inmensidad se debe a un exceso de concentración, cuya opulenta simplicidad sintetiza un paroxismo de virtudes acumuladas. ¡Oh, la alegría inexpresable de sentirse invadido, absorbido por un Infinito no distendido e incoloro, sino viviente y luminoso, que conoce, que atrae, que ama!

Impulsadas, irresistiblemente, por las exigencias de sus capacidades nativas, y sobre todo, por las llamadas de la Gracia, hacia un centro común de felicidad, las almas encuentran en esta misma convergencia, un primer vínculo que las agrupa en un Todo natural. Ahora bien, sus trayectorias no hacen más que encontrarse al término del

movimiento que las impulsa. Por obra de la *Gracia, que las sitúa en el campo de la atracción divina*, se encuentran sometidas además a influenciarse unas a otras a lo largo de su trayectoria; y en esta dependencia relativa, muy semejante a la que encadena los sistemas materiales, se alberga el misterio (casi podría decirse el fenómeno), tan sorprendentemente «cósmico» de la Comunión de los Santos.

Semejantes a corpúsculos que estuvieran bañados por un mismo fluido espiritual, *las almas no pueden pensar, orar, obrar, moverse, sin que unas ondas, emanadas de la más ignorada de entre ellas, hagan agitarse a las otras; sin que, detrás de cada una de ellas, aparezca un foco que atrae otras almas hacia el bien o hacia el mal.*

Y más semejantes todavía a los organismos que la Vida terrestre forma e impulsa, en mutua dependencia, hacia los caminos de la Conciencia, las almas saben que la evolución de su santidad personal alcanza su auténtico valor en el desenlace de una Obra global que desborda y antecede infinitamente el logro de los individuos.

Pero, mientras que bajo la influencia de la Evolución natural, la comunidad de trabajo no engendra sino un Todo de textura divergente, cuyas partes se deshilachan y se dispersan, conforme a accidentes o impulsos diversos, mientras que el grupo de vivientes

más unidos en su destino, el de los humanos, no ha sobrepasado (¿todavía?) en su unificación el estadio de una colectividad organizada, las almas santas, en cambio, entrevén una solidaridad muy distinta al término de su desarrollo y de su confluencia.

La Gracia, en efecto, no es solamente el medio común, la corriente de conjunto, mediante la cual se cementa la multitud en la coherencia de un bloque o de un impulso. Para el creyente, la Gracia representa, sin metáfora, el alma común que cautiva las almas bajo la dominación infinitamente dulce de una conciencia. La Comunión de los Santos se anuda en la unidad bienaventurada de un Todo físicamente organizado; y este Todo, más absoluto que los individuos sobre quienes reina, porque precisamente *en función de Él y no en su cualidad de partículas aisladas* es como los elementos penetran y subsisten en Dios, este es el cuerpo de Cristo.

B. EL CUERPO DE CRISTO

Para los espíritus tímidos en sus concepciones o imbuidos de prejuicios individualistas, que pretenden siempre interpretar las relaciones entre seres como relaciones morales o lógicas, el Cuerpo de Cristo se puede interpretar de manera apropiada haciendo una analogía con las

agregaciones humanas. Y entonces se parece a una aglomeración social, mucho más que a un organismo natural. Estos espíritus debilitan peligrosamente el pensamiento de la Escritura y la vuelven incomprensible o banal a las inteligencias apasionadas por las conexiones físicas y las relaciones propiamente cósmicas. Disminuyen indebidamente a Cristo y el misterio tan profundamente realista de su Carne. -No, el Cuerpo de Cristo no es, como algunos pretenden que llegue a creerse por error, la asociación extrínseca o jurídica de los humanos, que encierra una común benevolencia y a quienes les está destinada una misma recompensa. El Cuerpo de Cristo ha de ser comprendido valientemente, tal y como San Juan, San Pablo y los Padres lo han visto y amado: forma un Mundo natural y nuevo, un organismo animado y en movimiento, en el que nos hallamos todos unidos, físicamente, *biológicamente*.

La tarea única del Mundo consiste en la incorporación física de los fieles a Cristo en Dios. Ahora bien, esta obra capital se prosigue *con el rigor y la armonía de una evolución natural*.

En el origen de sus desarrollos se precisaba una operación de orden trascendente, que injertara -conforme a unas condiciones misteriosas, pero físicamente reglamentadas- la Persona de un Dios en el Cosmos humano; que «inmanentizara» en

nuestro Universo el Principio en torno al cual una élite predestinada ha de llevar a cabo su segregación. *Et Verbum caro factum est*. Eso fue la Encarnación. De ese primer y fundamental contacto de Dios con nuestra raza, en virtud precisamente de la penetración de lo Divino en nuestra naturaleza, ha nacido una Vida nueva, un ensanchamiento inesperado y una prolongación «obediencial» de nuestras capacidades naturales, la Gracia. Pero la Gracia no es solamente la forma semejante de numerosas inmanencias, la vida uniforme pero múltiple que se divide entre los vivientes. Es también la única savia que asciende hasta las ramas a partir del mismo tronco, la Sangre que corre por las venas bajo el impulso de un único Corazón, el influjo nervioso que atraviesa los miembros bajo la disposición de la misma Cabeza; y la Cabeza radiante y el Corazón poderoso y el Tronco fecundo, son inevitablemente Cristo. En virtud de la Gracia, Vida única e idéntica, no nos convertimos solamente en familiares, ni siquiera en hermanos: nos identificamos con una misma Realidad, superior, que es Jesús.

Sin duda que Jesús podría contentarse con vivificar de esa manera, por simple influencia colectiva y espiritual, las células humanas, que místicamente le prolongan a través del Universo. Pero hace mucho más; por medio de la comunión sacramental, y por un contacto individual e integral, alma con

alma, carne con carne, consuma la unión de los fieles en Él, depositando, hasta en la materia de su ser, junto con la exigencia imperiosa de adhesión al Cuerpo místico, un germen de resurrección. Cristo, como todo lo que es vida, previene nuestros deseos y nuestros esfuerzos: por la Encarnación, ante todo, luego por la Eucaristía, nos organiza para Sí, y se impone. Pero, también como toda vida, requiere la cooperación de nuestra voluntad y de nuestros actos.

Nosotros por nuestra parte, le prestamos nuestra colaboración esencial por medio de un esfuerzo de asimilación activa, al someter amorosamente nuestra autonomía a la Suya: asimilación en la dulzura y en la humildad; asimilación en la comunidad de sufrimientos, por la que se continúa y completa la Pasión del Calvario; asimilación, sobre todo, en la Caridad, virtud maravillosa, que al hacernos distinguir y querer a Jesús en cada ser Humano, nos permite promover, en la «inmediatez» de un único acto, la unificación de todos en Uno.

En el curso de esta ardua comunión, podemos vernos tentados en pensar, (tal como se nos suele decir), que estamos realizando todo el bien, en nuestra alma, que realizamos embellecimientos morales y una semejanza superficial con Dios, que son análogos a los perfeccionamientos por los que, en la vida social, los humanos,

cuidadosos de su cultura personal, acostumbran a mejorar su naturaleza. ¡Error! Nuestros esfuerzos poseen una repercusión duradera y profunda que es de otra manera. Tan eficaz y «creadora» como la Vida, Madre de Organismos, nuestra acción, animada por la Gracia, construye un auténtico Cuerpo, el de Cristo, que quiere concluirse en cada uno de nosotros.

En verdad, el Cuerpo místico de Cristo tiene que ser concebido a la manera de una Realidad física, *sin atenuación* alguna… Sólo con esta condición, *adquieren toda su significación* los grandes misterios y las grandes virtudes de la Religión, el papel mediador de Jesús, la importancia de la Comunión, el valor extraordinario de la caridad; sólo con esta condición, conserva su plena seducción sobre muchos espíritus la Persona del Salvador, su plena urgencia sobre nuestros destinos.

¡Oh, sí, Jesús, yo lo creo y quiero proclamarlo sobre los tejados y las plazas públicas, no sólo eres el Dueño exterior de las cosas y el esplendor incomunicable del Universo. Más que todo esto, eres la influencia dominante que nos penetra, nos posee, nos atrae, por la médula de nuestros deseos más imperiosos y más profundos; eres el Ser cósmico que nos envuelve y nos consume en la perfección de su Unidad. ¡Así y por eso, yo te amo por encima de todo!

Abrasado por un deseo en apariencia contradictorio, tenía yo sed, Señor, *de ser, ante todo, yo mismo, al salir de mí mismo*, y has sido Tú, quien, fiel a vuestra promesa, me has refrigerado con el *Agua viva* de tu Esencia preciosa, en la que aquel que se pierde encuentra su alma y la de todos los demás unida con la suya...

Ya en la contemplación de tu Divinidad, yo experimentaba el vértigo de encontrar un Infinito personal y amante; y la asociación de estas palabras era tan dulce, que repetidas, me parecían darme una interminable felicidad, como la nota única que brotaba del violín del Ángel y que arrebataba a San Francisco[48]. He aquí que ahora, en vuestra humanidad, es toda la multitud de mi raza [humana] la que se anima[49]; y el soplo que en ella coagula y armoniza los elementos dispares no es un Espíritu de naturaleza superior y turbadora: es un alma humana, que siente y vibra como yo. Es tu misma Alma, ¡oh, Jesús! Y he aquí, más todavía, que por una condescendencia

[48] [Según una leyenda, un ángel se aparece a San Francisco y toca para él el violín. Hay numerosas representaciones de esta escena en cuadros. Ver: http://www.iaph.es/web/canales/conservacion-y-restauracion/catalogo-de-obras-restauradas/contenido/Aparacion_Angel_a_San_Francisco.html. L. Sequeiros]

[49] [Animarse, en el sentido de cobrar vida, sentido, alma. L. Sequeiros]

suprema con mis deseos de actividad y de transformación, me presentas inacabado este Mundo superior y definitivo que concentras y abrigas en Ti; de suerte, que mi vida pueda alimentarse con la satisfacción inmensa de darte un poco a Tí. ¡Aquí está, por tanto, el inmenso interés, absoluto y palpable que yo sueño con señalar como fin y como ideal a todos mis esfuerzos humanos: promover y alcanzar el reino de Dios! Tu Cuerpo, oh Jesús, no es solamente el Centro de todos los descansos definitivos; es también el vínculo de todos los esfuerzos únicos. En Ti, junto a Él, *el que es*, puedo amar apasionadamente a Él, *el que viene*. ¿Qué más necesito para que la paz definitiva se extienda sobre mi alma satisfecha, de una manera inesperada, en sus más inverosímiles aspiraciones de vida cósmica?

Una sola cosa todavía, Señor, una sola. Pero la más difícil de todas - y lo que resulta mucho más grave - que Tu has quizás reprobado… Que, para tener parte contigo, no me sea absolutamente necesario rechazar este Mundo radiante en cuyo éxtasis me he despertado…

C. EL ESCÁNDALO DEL REINO DE DIOS

Como unas cimas nevadas que flotan, casi irreales, sobre la niebla, y cuyas bases descubre, poco a poco, un soplo ligero, la Jerusalén celeste, aparecida al principio sobre las nubes del cielo, se ha posado sobre la Tierra. Gracias a Jesús mediador, el Cosmos sobrenatural, ha descubierto sus raíces, íntimamente mezcladas con nuestro Universo. El Salvador ha germinado en nuestro Mundo; y sigue desarrollándose y perfeccionándose por la prolongación de nuestros humildes trabajos y nuestra paciencia. Tantas condescendencias providenciales para nuestros anhelos de perfección y de felicidad inmanentes deberían, parece, colmar y desarmar todas nuestras exigencias. Pero nada más distante de la verdad. Porque, por terrestre y humano que sea, por más profundamente injertado que se encuentre en nuestro Cosmos y en nuestra Vida el Cuerpo de Cristo, sigue siendo, no obstante, a primera vista, extraño al Mundo: se desarrolla en el Mundo, pero diríase que ¡como si no estuviera en él!...

Para prepararnos a la alegría de romper su pérfido encanto, no temamos intentar vivir lealmente sobre nuestros espíritus la fuerza de esta perspectiva (¿de esta ilusión?).

En la base de nuestros crecimientos sobrenaturales, Dios ha puesto la *buena voluntad*. El corazón puro, la recta intención, son los órganos de la vida superior en la que, por supuesto, están canalizadas todas las esperanzas del alma: el principio fundamental de la edificación del Cuerpo de Cristo es la utilización del valor moral subjetivo de los actos humanos. En el dominio de la moralidad, lo Divino y lo Terrestre se unen y se fusionan.

Esta concepción, sin duda alguna, resulta extremadamente reconfortante. *Siendo como es el ser Humano dueño siempre de su intención, nada puede sustraerle, a la más pequeña de sus operaciones, el valor supremo y vital del Mérito. En cualquier circunstancia, y por medio de nuestra actividad en su totalidad, podemos consagrarnos a la Obra de la Salvación universal: nada más consolador*. - Por desgracia, ¿quién no lo ve?, el inconveniente y el reverso de esta economía está en dejar casi completamente de lado el material del acto, su valor, sus resultados naturales... Que el factor «resultado» pase a ser secundario es un inmenso consuelo. Pero al mismo tiempo, constituye un gran peligro y una gran debilidad. ¿De dónde nacerá, en lo sucesivo, la aspereza de la lucha, la angustia fecunda de la búsqueda? Sólo el *otro lado moral de las cosas* importa: ahora bien, entre este otro lado

y su cualidad cósmica, *no hay ninguna relación fija*;- o mejor dicho, se da con frecuencia una relación inversa[50].

Tal es, en efecto, la apreciación cristiana, tan paradójica, del sufrimiento: no sólo el fracaso aparente, palpable, pasa al rango de contratiempo accidental, sino que se arriesga a resultar preferible al éxito mismo, porque ofrece, más que éste, una amplia base a la santificación. No hay doctrina más eminentemente evangélica que esta primacía de la humildad, del dolor. Esto se halla fuera de duda: Jesús ha pasado por la abnegación, el desprendimiento, la renuncia, y sus discípulos han de seguirle; el camino por el que su Reino progresa es la ruta del despojo, de la sangre y de las lágrimas; - el camino de la Cruz. El Cosmos divino germina sobre las ruinas de la Tierra Vieja puesto que toda vida nace de toda muerte, a través de una dolorosa metamorfosis…

¿Qué es lo que quiere decir esto? Pues que por más que satisfaga la *forma* de nuestras aspiraciones cósmicas a las que se les presenta la inserción inesperada en un Mundo dotado de propiedades ideales e

[50] El problema que aquí se discute sobre el valor cristiano de la acción temporal será uno de los temas fundamentales de *El Medio Divino,* primera parte. Se trata, podría decirse, de la trasposición de la noción clásica de “debe ser así” a un universo en evolución. (Nota del Editor)

inauditas, la Revelación ofusca, de hecho, nuestra sed de Absoluto, al declarar, inútil e incluso condenable, *al objeto* primitivo de su ardor secundario. El organismo sobrenatural, el Reino divino, se desarrolla a través del Progreso humano, independientemente de él, o, lo que resulta aún más inquietante, *en ruptura* con él. Le ajan o le matan. ¡Lo mismo si el Mundo terrestre *renace o queda abortado*, yo llegaré *igualmente bien* al término de mi expansión, y quizá con más seguridad si aborta! Así son las apariencias. Y estas hacen rebelarse al no creyente y estas apariencias desconciertan también al fiel que se resiste a renunciar a la esperanza de contribuir, mediante la aportación de sus esfuerzos humanos y de sus conquistas materiales, a la edificación de una κτῆμα ἐς ἀεί[51]

¡Si por lo menos este fiel pudiera darse cuenta, de que lo único que ha sido tocado en

[51] [Hay una errónea transcripción en “La Vida cósmica”, tanto en la edición francesa como en la española de la expresión ktéma es aei (Logro para la eternidad, Posesión para siempre). Datos de los profesores José Luis Sicre y Teresa Berdugo de la Facultad de Teología de Granada. κτῆμα ἐς ἀεί *ktêma es aei* "Logro para la eternidad" Tucídides en referencia a su propia obra, la Historia de la Guerra del Peloponeso. Ver expresiones en:
http://es.wikipedia.org/wiki/Anexo:Locuciones_griegas
L. Sequeiros]

él ha sido su sensibilidad! ¡Si fuera capaz de testimoniarse a sí mismo, que su pena no es más que nostalgia de los horizontes terrestres a los que se encuentra adherida su alma, como a los muros y ruidos de una vieja y primera morada! Entonces realizaría alegremente su sacrificio. Por obediencia a las leyes austeras de todo Devenir, sabría decir adiós a los placeres inferiores y fáciles, para ascender más alto. Pero no, su angustia es más profunda. En ella hay algo más que un corazón que gime. Es el espíritu el que no logra comprender.

No comprende que pueda existir, dentro de la tarea tan armoniosa y tan abarcadora de la santificación, un serio antagonismo: que pueda abrirse una profunda fisura entre el designio del Cielo y las ambiciones más nobles de la Tierra. Jesús, es cierto, ha maldecido al Mundo…, pero al Mundo autosuficiente, cobarde y libidinoso, y no al Mundo que trabaja y se perfecciona; el Mundo del placer egoísta y no *al Mundo del esfuerzo desinteresado*. Ahora bien, este Mundo, que no puede merecer el rechazo de Dios, puesto que prolonga el impulso de su Creador, vive y progresa indudablemente en la Fe en el Porvenir que le es inmanente. Entre los dos o tres dogmas naturales que la Humanidad, al final de sus largas disputas y de su crítica infatigable, se halla en trance de conseguir, el más categórico y el más querido es sin duda

el del valor infinito y las riquezas insondables del Universo, «Nuestro Mundo lleva en sí una promesa misteriosa de Futuro, implicada en su Evolución natural»: tal es la primera palabra balbuceada por el espíritu recién nacido al espectáculo de las inmensidades cósmicas; tal es la afirmación última del sabio, cuyos ojos se cierran, pesados y fatigados de haber visto demasiado sin poderlo expresar.

Si ahora yo, en nombre, según se dice, de mi Religión, me aventuro a menospreciar una Esperanza tan enorme, ¿cuál va a ser el ídolo de mi generación? ¿Qué lengua voy a hablar para ser entendido por las nueve décimas partes de mis hermanos? ¿Qué mezquina figura no va a ser la mía, junto a los ásperos luchadores por la Vida, cuya esforzada tenacidad, *condenada «a priori»* veinte veces por el perezoso carácter extrínseco de una cierta ciencia y de una determinada plegaria, *acaba invariablemente* por hacer triunfar la ciencia *humana*, el poder *humano*? En medio de los humanos, seré un personaje aislado, un excéntrico, un tránsfuga, que se apresura a salirse de la única rama verdaderamente activa y viva de la Humanidad. Seré un humillado y un disminuido, que trabaja sin convicción, sin ardor, sin amor.

Sin duda que me queda el recurso y el deber de cooperar al Progreso temporal del Mundo «para hacer la voluntad de Dios»,

«para honrar a la Iglesia», «para confundir a los incrédulos»… Pero, qué fríos, lejanos e indirectos son todos estos motivos, comparados con la urgencia de los aguijones que clava la necesidad de *«acertar», para «ser».* Está muy bien que se me advierta que hay un precepto divino de hacer fructificar la Tierra. Pero se añade a continuación, que los frutos esperados de mi labor *son en sí mismos* vanos y perecederos, que ante todo, el Mundo ha sido abandonado en mis manos, como una ardilla a su rueda, para ejercitarme en el vacío. ¿Qué llama es la que se espera de mi buena voluntad? Para que yo me entregue, ardientemente, sinceramente, al esfuerzo cósmico, para que pueda concurrir con armas iguales que a las de los Hijos de la Tierra, es preciso que me halle convencido, no sólo del mérito de mis obras, sino de su valor. Es preciso que crea en lo que hago…

Ahora bien, quiera o no quiera, *yo creo en él*. Creo en la ciencia, cuando trabajo en un laboratorio. Creo en algún Superhombre, cuando me entusiasmo con una guerra de culturas y considero como un favor de Dios poder arriesgar mi existencia a una muerte abominable, para hacer triunfar un ideal de civilización. Y al creer en ello, no tengo conciencia de estar renegando de mi fe en Cristo, *ni de defraudar al amor absoluto con el que me he consagrado*. Muy al contrario, tengo la sensación de que cuanto más

solícitamente me ocupo de una Tierra más grandiosa, más pertenezco a Dios.

¿Qué significa esta experiencia, sino que, a despecho de las palabras y de los principios mal interpretados, es posible la conciliación entre el amor cósmico al Mundo y el amor celeste a Dios? De hecho, en mi acción, en la de todos los cristianos, mediante la colaboración armoniosa de la naturaleza y de la gracia, se está realizando ya, *de hecho*, el acuerdo entre el culto del Progreso y la pasión de la gloria de Dios. Eso significa que existe una fórmula para expresarlo racionalmente. En alguna parte tiene que haber *un punto de vista* desde el que Cristo y la Tierra parezcan situados de tal manera, el Uno con relación a la otra, que no me sea posible poseer el uno sin estrechar a la otra, comulgar con el Uno sin fundirse con la otra, ser absolutamente cristiano, más que a fuerza de ser desesperadamente humano.

Este punto de vista se encuentra en la región del gran Misterio inexplorado, allí donde la Vida de Cristo se mezcla con la Sangre de la Evolución.

CAPÍTULO IV
LA COMUNIÓN CON DIOS A TRAVÉS DE LA TIERRA

A. EL CRISTO CÓSMICO

Por la gracia, Jesucristo se halla unido a todas las almas santas, y como los vínculos que unen las almas con Él en una sola masa santificada desembocan en Él, se reúnen en Él, tienen consistencia gracias a Él, es Él quien reina, es Él quien vive; el cuerpo entero es a Él a quien pertenece. Pero las almas no son un grupo de mónadas aisladas: forman con el Universo (esto es precisamente lo que nos revela la «visión cósmica») un bloque único, cementado por la Vida y por la Materia. Por tanto, Cristo no podría limitar su Cuerpo a una periferia trazada en el interior de las cosas; habiendo venido sobre todo para las almas, únicamente para las almas, no ha podido reunirlas y vivificarlas, más que revistiendo y animando juntamente con ellas el resto del Mundo; por su Encarnación, no sólo se ha insertado en la Humanidad, sino en el Universo que contiene la Humanidad, no sólo a título de elemento asociado, sino con la dignidad y la función de principio director, de Centro hacia el que convergen todo amor y

toda afinidad. Por misterioso y vasto que sea ya de por sí el Cuerpo místico, no agota, sin embargo, la inmensa y bienhechora integridad del Verbo hecho carne. Cristo posee un *Cuerpo cósmico* extendido por el Universo entero: tal es la palabra definitiva que es preciso entender. "*Qui potest capere, capiat"*[52].

Por actual que pueda parecer, este Evangelio del Cristo cósmico, en que descansa quizá la salvación de los tiempos modernos, es verdaderamente la palabra descendida del cielo a nuestros padres, el tesoro nuevo depositado con previsión junto a los antiguos valores. Leída con un espíritu acogedor y amplio, la Escritura parece explícita, sobre todo si se lee sin las tímidas glosas de un buen sentido estrecho, que acepta a la letra la fórmula de la Consagración (porque la fe en ese caso le obliga), pero en todo lo demás se atiene al sentido más débil. La Encarnación es una renovación, una restauración de *todas* las fuerzas y potencias[53] del Universo; Cristo es el

[52] [Alusión a una de las frases atribuidas a Jesús en el Evangelio (Cfr. Mateo, 19, 12): "El que pueda entender, que entienda". L. Sequeiros]

[53] [La palabra francesa "puissance" es para Teilhard más densa y amplia que en castellano. No solo alude al poder efectivo sino a la capacidad de poder, a la potencialidad. Cuando en agosto de 1919 escribe "La potencia espiritual de la Materia" (*Escritos del tiempo de*

instrumento, el Centro, el Fin de *toda* la Creación animada y material; por su medio, *todo* es creado, santificado, vivificado. Ésta es la enseñanza constante y *corriente* de San Juan y de San Pablo (el más «cósmico» de los escritores sagrados), enseñanza que ha pasado a las frases más solemnes de la Liturgia…, pero que repetimos y las generaciones seguirán repitiendo hasta el fin, sin lograr adueñarse ni hacerse idea de su significación misteriosa y profunda, - ligada como está a la comprensión del Universo.

Desde el Origen de las Cosas comenzó un tiempo de Adviento de recogimiento y de esfuerzo, a lo largo del cual, dócil y amorosamente, los determinismos se han ido plegando y orientando en la preparación de un Fruto inesperado, pero no desconocido. Las Energías y las Sustancias del Mundo, tan armoniosamente adaptadas y manejadas que parece que el Supremo Trascendente estuviera haciéndolas germinar de su inmanencia, se iban concentrando y depurando en el tronco de Jesé[54]: con sus

---

guerra, Taurus, Madrid, 1968, pág. 453-466) se está refiriendo a la historia de Elías que fue arrebatado al cielo. Es la capacidad de la Materia de ser "abducida" por la divinidad. L. Sequeiros]

[54] [Aquí hay una referencia a uno de los signos de la liturgia de Adviento, el tiempo litúrgico antes de Navidad y que espera la llegada del Mesías. "Tronco de Jesé" es el nombre con el que tradicionalmente se alude al

árbol genealógico de Cristo a partir de Jesé, padre del Rey David. Tanto el evangelio de Marcos como el de Lucas parten de David para llegar a José, el esposo de la Virgen, dando así sentido a la antigua profecía de Isaías: "Saldrá un renuevo del tronco de Jesé, de su raíz florecerá un vástago" (Is 11,1).Durante el tiempo de Adviento, preparación inmediata a la Navidad, la imagen bíblica del "Tronco de Jesé" que reverdece, cobra especial significación. Nuestra espera confiada en la venida del Señor es también "reverdecer", permitir que florezca la esperanza, dejar paso al frescor de la Vida que se acerca. De ahí que, este año, queramos retomar como signo visible que ambiente en nuestras parroquias el itinerario de Adviento, el Tronco de Jesé que va floreciendo, cobrando vida. Ahora bien, para que los signos que acompañan a la liturgia del Adviento sean expresivos es preciso que los destaquemos de algún modo. Sería interesante que buscásemos un tronco grande, visible, llamativo, y lo colocásemos en un lugar visible del templo. La dinámica sería similar a la empleada con la tradicional "Corona de Adviento": sobre el tronco, desnudo aún la primera semana de Adviento, iremos progresivamente encendiendo las cuatro velas, al tiempo que "adornamos", con hojas primero y flores más tarde, el tronco. Al gesto semanal de encender la vela correspondiente y advertir que la vida va abriéndose camino en la corteza del árbol, deberá acompañar la consiguiente reflexión sobre lo que el signo quiere transmitir: La celebración anual del Nacimiento del Señor exige en nosotros una sincera apertura a la esperanza y a la renovación (reverdecimiento) interior. La Vida que Cristo nos trae con su Vida, no puede dejarnos indiferentes. El Adviento, de la mano de sus personajes y textos trata de hacernos caer en la cuenta de que "algo nuevo está llegando", "Alguien" desea hacerse un hueco en

tesoros destilados y acumulados iban componiendo la joya resplandeciente de la Materia, la Perla del Cosmos y su punto de contacto con el Absoluto personal encarnado, la bienaventurada Virgen María, Reina y Madre de todas las cosas, verdadera Deméter[55]… y cuando llegó su día, se reveló, de súbito, la finalidad gratuita y profunda del Universo; desde los tiempos en que el primer soplo de la individualización, pasando sobre el *Supremo Centro inferior* distendido, hacía sonreír en él las mónadas originales, todo

---

nuestras vidas, en ocasiones áridas, para hacerlas florecer. L. Sequeiros]

[55] [Deméter era uno de los 12 habitantes del Olimpo junto a Zeus. Era hija de Cronos y Rea, y hermana de Zeus, Poseidón, Hades, Hera y Hestia. Como diosa de la tierra, la agricultura y los cereales, era una de las diosas griegas más importantes. Podría también ser considerada una de las múltiples variantes de la diosa madre que se adoraba desde los primeros pasos de la humanidad. Existen estatuas prehistóricas de la Edad de Piedra fechadas alrededor de 20.000 a.C. en Europa y Oriente Medio como muestra de adoración de la fertilidad. Deméter se relaciona también con la diosa egipcia Isis, la fenicia Astarté y la mesopotámica Ishtar. Hay varias diosas con rasgos primitivos en la mitología griega, además de Deméter, que son Afrodita y en menor grado Artemisa y Atenea. La frigia Cibeles, que más tarde fue adorada en Roma como la «Gran Madre», podría pertenecer a esta lista. Hay aspectos del culto se estas diosas que han perdurado en la adoración de la virgen María. L. Sequeiros]

estaba ya en movimiento hacia el Recién nacido de la Mujer.

…Y desde que Cristo nació, y no cesó de crecer, y que murió, *todo ha continuado moviéndose, porque Cristo no ha acabado todavía de formarse*. No ha terminado de recoger sobre sí los últimos pliegues del Vestido de carne y de amor que le forman sus fieles. *El Cristo místico no ha alcanzado su pleno crecimiento, ni tampoco, por tanto, el Cristo cósmico. Uno y otro, a la vez, son y llegan a ser*: y en la prolongación de este engendramiento se encuentra situado el resorte último de toda actividad creada. Por la Encarnación, que ha salvado a los humanos, ha sido transformado y santificado el Devenir mismo del Universo; Cristo es el término de la Evolución, *incluso natural*[56], de los seres; la *evolución es santa*. He aquí la *verdad liberadora*, el remedio divinamente preparado para las inteligencias fieles, pero apasionadas, que sufren por no poder conciliar entre sí dos impulsos casi igualmente imperiosos y vitales: la fe en el Mundo y la fe en Dios.

[56] [Desde el momento que el Universo (la Naturaleza) es una Evolución, puede decirse, con relación a la Evolución, lo que Santo Tomás decía con relación a la Naturaleza, al hablar de lo sobrenatural: *Non est aliquid naturae, sed naturae finis:* no es algo de la naturaleza, sino el fin (último) de la naturaleza. Nota del Editor]

B. LA SANTA EVOLUCIÓN

1. La mano de Dios está sobre nosotros. -«*El Mundo sigue creándose*, y en él, *es Cristo quien lo lleva a su final*»… Al escuchar y comprender estas palabras, he abierto los ojos. Y me he dado cuenta, como si estuviera en un éxtasis, de que me hallaba *sumergido en Dios por medio de toda la Naturaleza*. Todo el tejido inextricable y compacto de las relaciones materiales, todo el *plexus* de las corrientes fundamentales, estaban allí, de nuevo ante mí, como a la hora del primer despertar, pero animados y transfigurados. Y por ello, sus servidumbres, sus encantos, sus incitaciones innumerables aparecían ante mi vista iluminadas, santificadas, divinizadas, tanto en su modo de obrar en la actualidad como en lo que será lo que está por venir. «Dios está en todas partes, Dios está en todas partes» (Santa Ángela de Foligno)[57].

[57] [Este texto tiene muchos ecos de La Contemplación para Alcanzar Amor de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola. Por otra parte, *El Libro de la vida* de Ángela de Foligno (1248-1309) es la narración de una experiencia espiritual de una mujer, testigo de Dios, siempre actual. Una cima espiritual. Para algunos

En el curso de la crisis pagana, desencadenada en mi interior por la iniciación cósmica, tras la revelación inicial de sentirme englobado y de mi integración en el seno del Mundo, yo me había relajado lascivamente, mostrando el gesto instintivo que lleva a una autonomía que sobrepasaba su estrechez y su impotencia. Por desgracia, la Divinidad que yo entonces había creído entrever era tentadora y disolvente; *su rostro de seducción era la máscara de un pensamiento ausente y de un corazón vacío*.

Ahora, vuelvo a encontrar la posibilidad de dejarme llevar de mi primer impulso, sin

---

autores, Teilhard de Chardin tenía tres místicos preferidos para su lectura espiritual: Ángela de Foligno, Teresa de Jesús y Juan de la Cruz. Los escritos de Ángela son narraciones espontáneas, confesiones, y no tratados ascético-místicos. No siguen ningún programa, sino que reflejan sus vivencias personales. La espiritualidad de fondo es de corte franciscano, cristocéntrica, especialmente en torno a la Pasión. Los treinta pasos del *Memorial* son un continuo conformarse con Cristo a través de la pobreza, el dolor y la humildad. Este transformarse en Cristo no solo se realiza en un sentido espiritual e interior, sino que exige también un componente práctico y exterior, que se traduce en el servicio a los pobres, y en la participación de la Eucaristía. En algunas descripciones puede rastrearse la influencia del Pseudo Dionisio Areopagita, como la visión de Dios en las tinieblas; y de san Bernardo de Claraval, con el símil del hierro incandescente. L. Sequeiros]

riesgo de disminuirme, ni de abrazar a un fantasma. Cada efluvio que me atraviesa, me envuelve o me cautiva, emana, en definitiva, del corazón de Dios; transporta, a la manera de una energía sutil y esencial, las pulsaciones de la Voluntad de Dios. Cada encuentro que me acaricia, me aguijonea, me contraría, me ofende o me hiere, *es un contacto de la mano multiforme, pero siempre adorable, de Dios. Cada elemento que me constituye, desborda de Dios.* ¡Al abandonarme a los abrazos del Universo visible y palpable, puedo comulgar con el Invisible purificante, e incorporarme al Espíritu inmaculado!

Dios vibra en el Éter; y a través de él se insinúa hasta la médula de mi sustancia material. Todos los cuerpos se unen por Él, se influencian y se sostienen en la unidad de la Esfera total cuya superficie límite no puede ser imaginada por nosotros...

Dios trabaja en la Vida[58]. La ayuda, la levanta, le da el impulso que la acosa, el apetito que la atrae, el crecimiento que la

[58] [Escribe San Ignacio en La Contemplación para Alcanzar Amor de los Ejercicios Espirituales: "[236] El tercero, considerar cómo Dios trabaja y labora por mí en todas las cosas criadas sobre la haz de la tierra..". Ver: L. Sequeiros, *El todo amar y servir. La diafanía de la divinidad en el corazón del Universo.* Bubok ediciones, 2013. L. Sequeiros]

transforma. Le siento, y Le toco, y Le «veo», en la profunda corriente biológica que circula en mi alma y se la lleva consigo.

Dios transparece[59] y se personifica en la Humanidad. Le encuentro en mi hermano; Le oigo hablar en las órdenes superiores, y luego, de nuevo, como en una segunda zona material, Le encuentro y Lo experimento en el contacto dominador y penetrante de Su mano, Le encuentro y Lo experimento en el nivel superior de las energías colectivas y sociales.

Cuanto más desciendo dentro de mí, más encuentro a Dios en el corazón de mi ser; cuanto más multiplico las conexiones que me vinculan a las Cosas, tanto más estrechamente me aprieta ÉI – Es el Dios que prosigue en mí la Obra, tan amplia como la totalidad de los siglos, de la Encarnación de su Hijo.

Benditas pasividades[60], que me enlazáis por cada una de las fibras de mi cuerpo y de

[59] [La palabra "transparait" de Teilhard la hemos traducido por "transparece", se muestra transparente, se hace diáfano. Este concepto aparece también en La Misa sobre el Mundo de Teilhard. Y la hemos interpretado como una alusión al episodio de la Transfiguración del Señor. Ver la nota anterior. L. Sequeiros]

[60] [Las "pasividades" tienen un sentido muy profundo en Teilhard: para él designan, por oposición a las Actividades, todo lo que en nosotros depende de

mi alma, Santa Vida, Santa Materia, por cuyo medio comulgo, al mismo tiempo que con la Gracia, con la génesis de Cristo, puesto que, al perderme dócilmente en vuestros amplios repliegues, nado en la Acción creadora de Dios, cuya Mano no ha cesado nunca, desde el comienzo, de modelar la arcilla humana destinada a formar el Cuerpo de su Hijo; yo me entrego a vuestra dominación; me pongo en vuestras manos, os acepto y os amo. Me siento feliz de que Otro me ate y me haga ir a donde yo no querría. Bendigo las circunstancias, los favores, las fatalidades de mi carrera. Bendigo mi carácter, mis virtudes, mis defectos, mis taras. Yo me amo tal como me he recibido y tal como mi destino me forma. Mejor aún, intento adivinar y sorprender los soplos más tenues que me solicitan para extender hacia ellos ampliamente mis velas. Quiero que para la divina Voluntad, de la que la Naturaleza se halla toda ella cargada e impregnada, mi alma sea una mónada transparente, suave, obediente.

---

energías que nos sobrepasan y que nosotros experimentamos, bien para sucumbir a ellas, bien para integrarlas. "(…) las pasividades forman la mitad de la existencia humana. Esta expresión significa sencillamente que lo que en nosotros no se realiza es, por definición, sufrido" (*El Medio Divino, página* 68). L. Sequeiros]

…Y, en esta primera visión fundamental se esboza ya la reconciliación entre el Reino de Dios y el amor cósmico: el seno maternal de la Tierra es alguna cosa que está en el seno de Dios.

2. La lucha con el Ángel.- Ahora bien, nosotros no somos sólo las criaturas acunadas y alimentadas por "*La Madre Tierra*"[61]. Como niños que nos hemos hecho adultos, tenemos que saber caminar solos, y ayudar activamente a quien nos ha sostenido. Si, por tanto, nos hallamos resueltos a

[61] [En griego en el original: Gaia metér. La madre Gea, la Tierra. En "Escritos esenciales" se resalta este texto.https://books.google.es/books?id=ie85XuDt7nwC&pg=PA59&lpg=PA59&dq=%22Gaia+meter%22&source=bl&ots=SuJaHXtVn1&sig=vstDsbvlUA4LN2XHpR55yKgVIgQ&hl=es-419&sa=X&ei=ihQZVfbgDsOtUbHygNgG&ved=0CDEQ6AEwBw#v=onepage&q=%22Gaia%20meter%22&f=false "Teilhard de Chardin passed away a full ten years before James Lovelock ever proposed the "Gaia Hypothesis" which suggests that the Earth is actually a living being, a collosal biological super-system. Yet Chardin's writings clearly reflect the sense of the Earth as having its own autonomous personality, and being the prime center and director of our future -- a strange attractor, if you will -- that will be the guiding force for the synthesis of humankind".
http://www.gaiamind.com/Teilhard.html L. Sequeiros]

plegarnos integralmente a las voluntades divinas inscritas en las leyes de la Naturaleza, nuestra obediencia tiene que arrojarnos al esfuerzo positivo, *nuestro cultivo de las pasividades desemboca en la pasión del trabajo*. Con tanto más ardor, cuanto no se trata solamente de promover una obra humana, sino de llevar a término, de alguna manera, a Cristo, debemos consagrarnos, incluso en el terreno natural, a la cultura del Mundo.

Gracias a la Revelación del Cristo cósmico, el contacto de las Cosas se ha hecho más envolvente a nuestros corazones. Ahora resuena en nuestros oídos con más intensidad la Voz que llama al dominio de los Secretos y las Fuerzas, y a la dominación del Universo. *Para que venga el Reino de Dios es necesario que el Ser Humano conquiste el cetro de la Tierra*.

Estrictamente hablando, no sería indispensable, para que esta tesis sea verdad, que definiéramos en qué es en lo que el perfeccionamiento natural y artificial del Mundo puede contribuir a la plenitud de Cristo. Desde el momento en el que el Progreso inmanente es el Alma natural del Cosmos, y que el Cosmos, a su vez, se halla centrado en Jesús, ha de admitirse como demostrado que, de una o de otra manera, la colaboración al Devenir cósmico constituye una parte esencial y primaria de los deberes del cristiano. Con un

único y mismo impulso, la Naturaleza se embellece y el Cuerpo de Cristo alcanza su desarrollo total.

Sin embargo, importa mucho, para la nitidez y la alegría de nuestra acción, que intentemos precisar algunos factores y algunas líneas de esta coincidencia. ¿Cuáles pueden ser los residuos absolutos del Cosmos, destinados a pasar al edificio celeste? ¿De qué manera puede la segregación de los elegidos en una masa santa, ser influenciada por los descubrimientos de la pura Ciencia, de la Física, de la Historia? ¿Cómo, aparte del aumento de los méritos sobrenaturales, se realiza Cristo en la Evolución?...

Una primera respuesta, muy modesta, pero ya bastante urgente, si se la entiende en profundidad, es ésta: el cristiano se encuentra ligado, más que cualquier otro ser Humano, al trabajo cósmico, porque este trabajo es necesario, *a fin de que el Mundo dure*. ¡Situemos de momento las cosas en su más bajo nivel! Admitamos que el Tronco material, biológico y social, en que maduran los individuos, sea, en sí mismo, enteramente despreciable. Admitamos también que sus frutos deban nacer indefinidamente, semejantes unos a otros, sin que ninguna transformación profunda pueda nunca hacer variar la especie humana. Entonces el Cosmos no posee otro valor que el de un

terreno de siembra y de ejercicio, donde, en la búsqueda y en la contemplación de las criaturas, el alma perfecciona y afina sus facultades «en blanco», aprende, sobre los objetos inferiores, a escoger y a amar... Pero aun entonces es necesario que este medio de cultivo se mantenga, siga verdeando este Tronco, mientras el cielo siga necesitando santos. Y para esto ¿qué se necesita? Un inmenso calor y una gran tensión. Como les ocurre a los cuerpos en movimiento, el Mundo se sostiene gracias a su impulso ininterrumpido. Si la multitud de las mónadas detuviera en él la fermentación de sus actividades, de su industria, de sus búsquedas naturales, *caería como un avión cuyo motor deja de girar*. Cristianos, ¡nosotros nos preguntamos a veces con inquietud, a qué vienen nuestras estancias prolongadas en los laboratorios, nuestras pesquisas infinitas de cuanto oculta un misterio!... Tranquilicémonos. *Al menos nos estamos agotando para sostener la Tierra*, hasta tanto que el Cuerpo de Cristo esté consumado.

Pero a decir verdad, sería demasiado poco, para la armonía de la Creación y para el entusiasmo de nuestros esfuerzos, que la utilización de los productos naturales de nuestros trabajos se limitara a un simple efecto de mantenimiento. Admitamos una vez más, que el Cosmos sea perecedero por su Tronco, sin residuos. ¿Quién nos puede

demostrar que las personas inmortales, que se han ido separando de él a lo largo de los siglos, no se hallan sujetas a *algún desarrollo natural absoluto*, que las pequeñas bayas desabridas del principio no habrán de ser seguidas por frutos más abundantes y más exquisitos? Por su alma espiritual, el Ser Humano se apoya sobre un soporte ontológico y biológico nuevo. ¿Quién nos dice que sobre este soporte no reina una propensión capaz de dar acceso a modos de vida insospechados? La Evolución natural, por así decirlo, parece hallarse ahora absorbida por los cuidados del alma; de orgánica y fatal, sobre todo, se ha convertido en predominantemente psicológica y consciente. Pero no está muerta; su brazo no se ha debilitado en absoluto. Basta que consideremos algunos elementos psíquicos particularmente antiguos, tales como el amor recíproco del ser Humano y de la mujer, para que podamos medir, qué amplitud, qué enriquecimiento, qué complejidad, qué pureza, ha logrado dar el trabajo del tiempo al núcleo primitivo de un sentimiento totalmente impregnado de sensación brutal. ¿Quién sabe qué *sorprendentes especies y rasgos naturales serán capaces de hacer nacer* en el alma los perseverantes esfuerzos de la Ciencia, de la Moral, de la Ciencia social, sin las que la belleza y la perfección del Cuerpo místico no llegarían a su término?

Vayamos hasta el límite de nuestras ambiciones humanas... Hasta ahora habíamos renunciado a salvar lo que hubiera de absoluto en el Tronco cósmico del que se desprenden las almas maduras. Pero ¿por qué esa pusilanimidad en nuestras concepciones y con qué derecho? Toda la economía de la Iglesia, con sus dogmas y sus sacramentos, nos enseña el respeto y el valor de la Materia. Cristo quiso y tuvo que asumir una carne auténtica. Él santifica nuestra carne mediante un contacto especial. De esa manera, prepara físicamente la Resurrección. En la concepción cristiana, por tanto, *la Materia conserva su papel cósmico de base inferior, pero primordial y esencial de la unión*; y por asimilación al Cuerpo de Cristo, hay algo de la Materia misma destinado a pasar a los fundamentos y a los muros de la Jerusalén celestial. ¿Y de dónde habrá de ser extraída esta Materia privilegiada y elegida para servir a la nueva Tierra? ¿Hemos de ver en ella simplemente un producto secundario de la santificación, elaborado por un reflujo de la Gracia sobre la envoltura perecedera de las almas? Quizá. Pero ¿por qué, de una manera *mucho más natural*, la sustancia purificada de los organismos resucitados, no habría de deber una parte de sus perfecciones a los esfuerzos acumulados y concordantes del Progreso y de la Evolución?... Sin poder demostrarlo, el espíritu cósmico ama esta

esperanza, que le proporciona *la alegría de sentir, hasta en la parte terrestre de sus obras, un elemento incorruptible*. Al menos, de esa manera, haciendo dar un paso más a la Naturaleza, puede él esperar un resultado «que merezca la pena». ¡Sin duda que el mismo resultado hubiera podido ser obtenido por un impío! ¡Qué importa! El inconsciente coopera bien con la Vida. Desde otro punto de vista, la filantropía, virtud enteramente natural y laica, se halla plenamente dispuesta a transformarse por completo, en actos y en objeto, en caridad divina. ¿Por qué *el anhelo de Progreso y el culto de la Tierra*, si se les señala como término la culminación en Cristo, no habrían de transformarse, de manera parecida, en una *gran Virtud*, innominada, que sería *la forma más general del amor de Dios, encontrado y servido en la Creación*?

El cristiano posee, en virtud de su fe, el derecho de reivindicar un puesto entre los que trabajan por una Tierra mejor; y el alma que puede aportar a esta tarea será un alma ardiente, con la llama de los Conquistadores. También para él, el renunciado, el desprendido, el humillado, hay un interés vital, *una cuestión de vida o muerte*, en que el Mundo triunfe en su aventura, incluso temporal. En la naturaleza, hasta hace poco, el creyente veía sobre todo los brazos de Dios que le estrechaban, sus Manos creadoras que moldean. Combinando ahora el espíritu de

abandono con el espíritu de dominio, para obedecer, se convierte en un atleta; y emprende contra la Materia, ante la que secretamente su corazón se arrodilla, el duelo que ha de prolongarse hasta la consumación de los siglos: *la lucha sincera de Jacob contra un abrazo de adoración*.

3. El Sentido de la Cruz.- La lucha es ardua. La Tierra gime en el parto de Cristo. *Omnis creatura ingemiscit et parturit*[62]. Como un carromato que rechina y traquetea, el Progreso avanza dolorosamente, en medio de magulladuras y llantos…

Si uno se dejara engañar por los hábitos del panteísmo pagano, podría creerse, ante todo, que la adhesión a la doctrina cósmica no es más que el paso del amor propio, estrecho y vulgar, a un egoísmo más vasto y refinado: - una manera elegante de alcanzar una mayor alegría y de arriesgarse menos. ¡Error!

Si quiere obrar conforme a su nuevo ideal, quien ha resuelto la admisión del amor y las inquietudes del Mundo en su vida interior, se descubre sometido a *una renuncia suprema*. Se ha entregado a la búsqueda de sí mismo fuera de sí mismo, esto es, a amar al

[62] [Referencia a Romanos 8, 22: Scimus enim quod omnis creatura ingemiscit, et parturit usque adhuc. Sabemos que hasta ahora la creación se queja y sufre como una mujer con dolores de parto. L.Sequeiros]

Mundo más que a sí mismo. Va a comprobar en seguida, lo que esta noble ambición ha de costarle.

Tiene ante todo, y en cualquier hipótesis, que trabajar por empujar las cosas, y a su propio ser, por la ruda pendiente de la liberación y la purificación, tiene que disciplinar o vencer las potencias enemigas de la Materia, de la Fuerza y del Corazón[63]: - *tiene que hacer triunfar el Deber sobre la atracción, lo espiritual sobre los sentidos*, el Bien sobre el Mal... La multitud de los Muertos le grita que no decaiga, y desde el fondo del porvenir, los que esperan su vez para nacer, le tienden los brazos y le suplican que les construya un nido más elevado, más luminoso y más cálido…

Tal vez tenga que aceptar el papel del átomo imperceptible, que desempeña fielmente, pero sin brillo, la oscura función, útil al bienestar y al equilibrio del Todo, en razón del cual existe; tendrá que consentir algún día en ser la partícula de acero, a flor de lámina, que habrá de saltar al próximo esfuerzo, el

[63] Hay un eco del salmo 19. Ver: http://www.franciscanos.org/oracion/salmo019.htm Pero hay también ciertos ecos gnósticos: Ver: http://www.gnosisprimordial.com/?page_id=48

soldado de la primera oleada*, la superficie útil y sacrificada del Cosmos en actividad*[64]*.*

Algunas veces será preciso también, que se resigne a ser un *inutilizado* que desaparecerá sin haber podido cumplir *su* esfuerzo, ni proferir *su palabra*, - que tendrá que abandonar la existencia con un alma tensa de todo lo que las circunstancias adversas no le habrán permitido exteriorizar.

Incluso es preciso, que se confiese a sí mismo (lo que produce un dolor más profundo que todas las represiones y todas las oscuridades), que es un *inutilizado* y un *fracasado*…

En un organismo tan vasto como el Universo, se pierden sin uso una multitud de buenas voluntades y de recursos, y el precio de algunos éxitos, lo constituye una mole de abortos. Los oscuros, los inútiles, los malogrados, deben alegrarse con la superioridad de los otros, cuyo triunfo sostienen o pagan. Y todo esto es muy duro. El Mundo, la sujeción al Mundo" el deber de servirle, son pesados de soportar, como una cruz; y ha sido precisamente para *forzarnos a creer en Él*, por lo que Jesús ha querido, dominando todos los caminos de la Tierra, ser

[64] [Encuentro aquí ciertos ecos de las filosofías gnósticas..
http://www.tdx.cat/bitstream/handle/10803/3016/01.INTRODUCCION.pdf?sequence=2

erigido en forma de Crucifijo, símbolo en que cada ser Humano tiene que reconocer su propia y verdadera imagen.

Nosotros podríamos dudar de ello, y esperar que el dolor y la desventura sean condiciones transitorias de la Vida, que la Ciencia y la Civilización habrán de eliminar un día. Seamos más sinceros y tengamos el valor de mirar la existencia cara a cara. Cuanto más se refina y se complica la Humanidad, más se multiplican también y se acentúan en su gravedad las probabilidades de desorden; porque no hay cumbre sin abismos y cualquier energía es igualmente capaz para el bien y para el mal. *Todo aquello que deviene*, sufre o peca. La verdad con respecto a nuestra situación en este mundo es que *estamos crucificados*.

Ahora bien, Cristo no ha querido que su imagen dolorosa fuera una simple advertencia erigida, para siempre, sobre el Mundo. En el Calvario, Él sigue siendo, primordialmente, *el centro de confluencia y de apaciguamiento* de todos los sufrimientos terrenales. Poseemos muy pocos datos sobre la manera como Nuestro Señor siente su Cuerpo místico cuando disfruta de él. Pero algo entrevemos de cómo puede cosechar sus penas; hasta el punto de que la única manera de apreciar la inmensidad de su Agonía es la de reconocer en ella una angustia, eco de todas las angustias, *un sufrimiento «cósmico»*. A lo

largo de su Pasión, Jesús sintió gravitar sobre su alma, sola y triturada, el peso de todos los dolores humanos; en una prodigiosa e inefable síntesis, Él los adoptó, los experimentó todos…

Y, al darles cabida en el dominio de su conciencia, los transfiguró. El sufrimiento y el pecado, sin Cristo, eran como la «miseria» de la Tierra. El desecho de las actividades del Mundo se acumulaba en una montaña de esfuerzos penosos, de esfuerzos fallidos, de esfuerzos «hundidos». Por la virtud de la Cruz, todo este montón de desperdicios se ha convertido en algo precioso: el ser Humano ha comprendido, que para él, *no hay medio más eficaz de progreso que la utilización del horrible y repulsivo dolor*.[65]

[65] [Nota a pie de página: "Esta nueva orientación parece tener que ver, en primer lugar, con los descubrimientos de que el Universo es una Evolución. Tal como ha sido pensado de invariable ("Lo que ha sido, eso será": "no hay nada nuevo bajo el sol"), el *deber de estado* aparecía como estático, y como algunas veces resulta penoso, se podía ver en él sobre todo una expiación. A partir del momento en que se introduce la conciencia de una evolución, de un desarrollo que tiende progresivamente a depender de nosotros, el *deber de estado* adquiere un aspecto de esfuerzo, de conquista, de construcción. Puede llegar a ser entusiasmante apareciéndosele al cristiano como realización de una condición necesaria para el Reino de Dios". Esta nota,

El cristiano siente el dolor como los demás. Como los demás, tiene que esforzarse por disminuirlo y dulcificarlo, no sólo por medio de oraciones de súplica, sino mediante los esfuerzos de una Ciencia industriosa y segura de sí misma. Pero cuando llega el momento en que el dolor se impone, el cristiano la utiliza [la ciencia]. En virtud de una maravillosa compensación, el mal físico, humildemente soportado, consume el mal moral. Conforme a leyes psicológicas definibles, *depura el alma, la estimula y la hace desprenderse*. En fin, como si fuera un sacramento, opera una misteriosa unión entre el fiel y Cristo que sufre.

Abordada con una disposición de dulce abandono, y además con un espíritu de

---

que está en el original francés, parece deberse al mismo Teilhard. La expresión "deber de estado" proviene del *Catecismo de Pío X* (Título III, capítulo V). Por deberes de estado se entienden "las obligaciones particulares de cada uno en virtud de su estado, su condición y la situación que ocupa". Esta definición de Pío X es muy precisa. Va de lo general a lo particular. Por estado, se entiende el estado de vida (matrimonio, sacerdote, celibato) Por condición se entiende la condición física: joven, viejo ser Humano, mujer, laico, clérigo, religioso.. Por situación, la concreción particular de nuestro estado: jefe de empresa, abogado, periodista, pescador, estudiante, jubilado.. L.. Sequeiros]

conquista, la consecución de Cristo en el Mundo acaba por tanto, lógicamente, en un apasionado y doloroso abrazo entre los brazos de la Cruz. El alma, entusiasta y sincera, se había ofrecido y entregado a todos los grandes impulsos de la Naturaleza. Al final de sus experiencias y de la larga maduración de sus pensamientos, advierte que no hay ningún esfuerzo más eficaz y sosegador que el de *recoger la Pena del Mundo para aliviarla y ofrecérsela a Dios*; ninguna actitud más dilatadora para el alma, que la de abrirse, amplia y tiernamente - con y en Cristo -, *a la simpatía [com-pasión] hacia todo Dolor, abrirse a «la Compasión cósmica»*.

4. El Lugar del Infierno en esta síntesis.- Cristo, al insertarse en la Evolución, ha perfeccionado y fecundado hasta el extremo sus recursos y su mecanismo. Todo, rigurosamente todo, incluso el dolor y la desgracia, puede servir, en el orden de la salvación, a la mónada de buena voluntad. *Omnia cooperantur in bonum*[66]*...*

¿Por qué es preciso entonces, que conforme a las leyes de cualquier Devenir, y muy especialmente de cualquier segregación,

[66] [Alusión a Romanos 8, 28: “Sabemos que Dios hace converger todas las cosas para bien de aquellos que lo aman, de aquellos que son llamados, según su voluntad salvadora”. L. Sequeiros]

la Génesis del Cuerpo místico y cósmico, que teóricamente es posible sin pérdida alguna, tenga que estar acompañada, de hecho, por la *disipación de energía y de vida*, debido a innumerables *pecados mortales y veniales*?...

¿Por qué es preciso, sobre todo, que reaparezca - libremente por nuestra parte pero al mismo tiempo con todos *los caracteres de una fatalidad orgánica* -, el siniestro y desconcertante desecho -definitivo esta vez- de los *réprobos*?

Sin duda que a estas preguntas no sabe responder el ser Humano que ha fortalecido y educado su mirada en la intuición del Cosmos, de su armonía y de sus necesidades; pero tampoco se extraña, de que en este caso, como en otros, un infierno venga a ser el corolario natural del Cielo, y aprende, por otra parte, a temerle.

OREMOS

¡Oh, Cristo Jesús, verdaderamente contienes en tu benignidad y en tu humanidad toda la implacable grandeza del Mundo. Y precisamente por esto, por esta inefable síntesis realizada en Ti, de lo que nuestra experiencia y nuestro pensamiento jamás

hubieran osado reunir en su adoración: el elemento y la Totalidad, la Unidad y la Multitud, el Espíritu y la Materia, lo Infinito y lo Personal -por los contornos indefinibles que esta complejidad proporciona a vuestra Figura y a vuestra acción-, por eso es por lo que mi corazón, prendado de las realidades cósmicas, se entrega apasionadamente a Ti!

Te amo, Jesús, por la Multitud que en Ti late, y que se escucha, con todos los otros seres, susurrar, orar, llorar, cuando nos apretamos estrechamente a Ti.

Te amo por la trascendencia y la inexorable fijeza de tus designios, en virtud de la cual, tu dulce amistad se matiza de inflexible determinismo y nos envuelve sin remedio en los pliegues de su voluntad.

Te amo como la Fuente, el Medio activo y vivificante, el Término y Desenlace del Mundo y de su Devenir.

Centro en el que todo se reúne y que se distiende sobre todas las cosas para compendiarlas en sí, te amo por las prolongaciones de Tu Cuerpo y de Tu Alma en toda la Creación, por la Gracia, la Vida, la Materia.

Jesús, dulce como un Corazón, ardiente como una Fuerza, íntimo como una Vida, Jesús en quien puedo fundirme, con quien he de dominar y de liberarme, Te amo como un Mundo, como el Mundo que me ha seducido, y eres Tú, lo veo ahora, a quien los seres

Humanos, mis hermanos, incluso aquellos que no creen, sienten y buscan a través de la magia del inmenso Cosmos.

Jesús, centro hacia el que todo se mueve, dígnate concedernos a todos, si es posible, un pequeño rincón entre las mónadas escogidas y santas, que una vez desprendidas una a una, por Tu solicitud, del caos actual, se agregan lentamente en Ti en la unidad de la nueva Tierra.

Vivir de la vida cósmica es vivir con la conciencia dominante de que se es un átomo del cuerpo de Cristo místico y cósmico. Quien vive así tiene en nada una multitud de preocupaciones, que para otros resultan absorbentes; vive más distante y su corazón está siempre más abierto.

Este es mi testamento de intelectual.

24 de abril de 1916. Jueves de Pascua.
Fort-Mardik (Dunkerque)

En una hoja suelta añadida al cuaderno manuscrito se encontraba el texto siguiente:

Nota. *La Vida cósmica* describe las aspiraciones y formula los actos de una *vida concreta*. Si se realiza el ensayo de desprender sus supuestos y sus principios, se

comprueba que introduce nada menos que una *cierta* orientación nueva de la ascesis cristiana.

De acuerdo con la manera de ver «clásica», el sufrimiento es, *ante todo, un castigo, una expiación*; su eficacia es la de un sacrificio: nacido de un *pecado*, el sufrimiento le repara. Es bueno sufrir para dominarse, para vencerse, para liberarse.

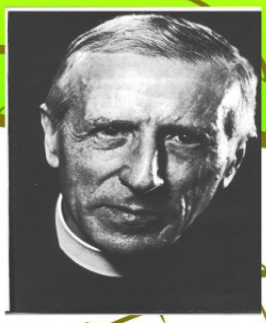
Por el contrario, de acuerdo con las tendencias y las ideas de *La Vida cósmica*, el sufrimiento es, ante todo, la consecuencia y el precio de un *trabajo de desarrollo*. Su eficacia es la de un esfuerzo. El Mal físico y el Mal moral nacen del Devenir: cualquier cosa que evolucione tiene sus sufrimientos y comete sus faltas. La Cruz es el símbolo del *Trabajo arduo de la Evolución*, más que el de la *Expiación*.

Evidentemente, estos dos puntos de vista pueden coincidir, por ejemplo, si se admite que la consecuencia natural de la caída original ha consistido en devolver a la humanidad a su situación original de progresión y de trabajo «con el sudor de su frente». (Y, en este caso, es curioso constatar, que desde el punto de vista de las apariencias, la caída original no marca en absoluto, puesto que su sanción visible se confunde con la Evolución, la *Expiación* que coincide con el Trabajo.)

De todas maneras, entre la ascesis expiatoria y la *ascesis sobreentendida en la «vida cósmica»*, hay una fuerte divergencia de acentuación.

…Y era una cuestión de lealtad el que yo lo quisiera hacer notar.

17 de mayo de 1916



En el año 1916, PierreTeilhard de Chardin lleva más de un año ejerciendo de camillero en el frente de batalla. Es entonces cuando se despliega el genio teilhardiano. Su primer ensayo de tipo espiritual, filosófico y místico es La Vida cósmica del que se cumplen 100 años en 2016. Presentamos en este trabajo el contexto en el que se escribe este ensayo, así como el texto completo con una nueva traducción del mismo con unas notas críticas aclaratorias (2ª edición)